

Esplendor



Miriam Hopkins Joel McCrea

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



LIBRERIA VALERO
COMPRÁ y VENTA de LIBROS
ALQUILER Y CAMBIO
Hospital, 95
- BARCELONA -



ESPLENDOR

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR-PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70637 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 10; Barcelona - Oñón, 1; Madrid

EDITORIAL
AOS

Publicación semanal

Año XII

Núm. 937

ESPLENDOR

¿Basta con la riqueza y el lujo para llenar de esplendor una vida? A veces, en la misma pobreza se sienten los corazones más unidos y la existencia de dos amantes aparece envuelta en un esplendor difuso. En Los protagonistas de esta obra, creyeron encontrar el esplendor de sus vidas en ese ambiente de riqueza hasta que la misma realidad de la vida les demostró que precisamente en la pobreza que despreciaron estaba lo dicho de la que sus corazones estaban anhelosos. ∞ ∞ ∞

PRODUCCIÓN
Artistas Asociados



Rambla Cataluña, 62
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Brighton	JOEL MAC CREA
Phyllis	MIDIAN HOPKINS
Maria	Katharine Alexander
Martin	Paul Cavara
Edith	Bette Bucke

Dirigida por

ELLIOT NUGENT

ESPLENDOR

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

UNA VIDA FICTICIA

En plena Quinta Avenida, donde se hallan enclavadas las grandes mansiones señoriales, donde cada casa es un magnífico palacio a cuya vista la gente sencilla suspira envidiosa, se hallaba el hogar de los Larrimore.

El magnífico palacio donde vivían era una de esas modernas viviendas, en las que lo suntuoso y lo artístico se unen en armónica coincidencia, con un sello de absoluta distinción.

Nada faltaba en el palacio de los Larrimore para tener todas las apariencias de que sus poseedores eran de esos seres a quienes la fortuna protege pródigamente.

La entrada a la casa era un magnífico jardín cuyos árboles daban sombra y frescura a los cenadores que habían esparcidos, dispuestos para las grandes fiestas. Una amplia escalinata de mármol, en cuya balaustrada aparecían riquísimas figuras de porcelana, servía para dar acceso a una ancha terraza que comunicaba con el hall espacioso. Allí la familia Larrimore había reunido infinidad de objetos de arte, por los que había tenido que pagar en ocasiones sumas fantásticas.

El interior de las habitaciones se hallaba decorado con un gusto extremado y advertíase en to-

das partes el rumbo y el dispendio con que había sido hecho. Un amplio comedor de grandes vidrieras servía para la estación del estío, al mismo tiempo que otro con rico ariesonado, estaba reservado para las noches de grandes recepciones.

La familia Larrimore habían venido de Londres hacía años, y el padre había conquistado en Nueva York una gran fortuna dedicándose a negocios de Bolsa.

Hecha esta fortuna, no se preocupó de otra cosa que de vivir espléndidamente y en este ambiente de lujo y de ociosidad crecieron sus tres hijos, dos varones: Brighton y Clancey, y una hembra: Marta.

Al morir el padre empezó la casa a desquiciarse. Los gastos eran los mismos y, por el contrario, la partida de ingresos era absolutamente negativa. La viuda Larrimore habíase encariñado de tal forma con aquella vida de lujo, de ostentación y de esplendor, que por nada del mundo habría rehusado a ella. No comprendía cómo podía vivirse sin tener el abono del palco de la ópera durante la temporada oficial, ni cómo se podía pasar sin los últimos modelos de los grandes modistos, ni sin aquellas fies-

tas que semanalmente reunía en su casa a lo más escogido de la alta sociedad.

Pero, como decimos, los recursos fueron agotándose y llegó el momento en que tuvieron que echar mano de algunas propiedades y liquidarlas, bajo el pretexto que no podían atender a su cuidado.

En poco tiempo fué desapareciendo todo lo que constituía la fortuna de los Larrimore, y llegó el día en que fué devuelta la primera factura. Después de este paso ya el camino no pareció tan difícil a la viuda, y comenzaron a dejarse de pagar las compras en casa de la modista, el zapatero, y hasta el salario de algunos criados.

Pero aquel declive no fué suficiente para poner freno a la espléndida vida de la señora Larrimore, y seguía gastando con igual prodigalidad que en los tiempos en que su marido ganaba miles de dólares.

Sus hijos nada sabían hacer, como no fuera gastar, y nada tampoco podía esperarse de ellos. Clancey, por su parte, encontraba fácil la vida de aquella forma y no se preocupaba de otra cosa que de ir viviendo, lo mismo que le sucedía a Marta, que parecía

esperar el príncipe de los sueños que volviera a colocarla otra vez en el dorado pedestal en que siempre había vivido.

El único que comprendía la triste situación de su casa era Brighton, el mayor de los tres hermanos. Veía la ruina que se cernía sobre ellos y quiso poner algún remedio al mal trabajando. Pero se encontró con que tenía demasiada edad para emprender ninguna ruta en la vida, y se acogió a lo único que podía hacer: a escribir. Con un afán loco dedicó noches enteras a escribir artículos y novelas, los cuales eran rechazados por directores y editores, ya que su nombre era absolutamente desconocido en el mundo literario.

A pesar de sus buenos deseos comprendió que le sería casi imposible obtener por aquel medio el dinero que hacía falta para mantener el rumbo con que vivían y la ociosidad de sus hermanos.

Pero mientras tanto, las deudas aumentaban, los acreedores comenzaban a impacientarse y veía llegar el día en que el cataclismo sería inevitable. Y entonces surgió en la mente de la señora Larrimore la gran idea que

pondría a flote de nuevo la fortuna.

Una de las amistades que con más asiduidad visitaba la casa de los Larrimore era Edith Gilbert. Se trataba de una joven de la misma edad de Brighton y que siempre había demostrado un gran interés por él. Era además heredera de una gran fortuna, y sus millones podían servir muy bien para nivelar el desequilibrio que existía entre sus acreedores y su capital. Un casamiento con ella era la única salvación posible, y por lo mismo la señora Larrimore comenzó a influir cerca de Brighton para que le hiciese el amor. Pero el carácter de Brighton, su nobleza y hasta su honradez le impedían satisfacer los deseos de su madre. Comprendía que Edith era no solamente una muchacha bellísima, sino que también era excelente. La apreciaba grandemente como una buena amiga, pero se sentía incapaz de mentirle un amor que su corazón estaba muy lejos de sentir. Aquella boda hubiera sido para Brighton como una venta de su libertad, y sin oponer una negativa terminante fué dilutando el asunto, muy a pesar de sus familiares, que esperaban ansiosamente aquel casamiento, sin

tener para nada en cuenta de si sería o no la felicidad de Brighton.

El acoso de los acreedores dió lugar a que fuese necesario vender la última propiedad que tenía la familia en las islas del sur, y fué Brighton el comisionado a realizar la operación.

Hacia ya cerca de un año que el joven se hallaba ausente de su casa, y durante todo este tiempo su madre siguió gastando como de costumbre, sin darse cuenta de que el dinero que trajese su hijo sería insuficiente para pagar todas las deudas atrasadas y las que nuevamente iban contrayendo.

Una mañana se hallaba Marta, la hermana de Brighton, con su madre en el despacho y le mostró las nuevas facturas que habían llegado y que, como otras muchas, se veía imposibilitada de pagar.

—¡Cuentas y más cuentas! — suspiró la joven arrojando sobre la mesa el montón de papeles.

Su madre hizo un signo desdénso y respondió tranquilamente:

—Bah, no acostumbro a mirar las cuentas si no las puedo pagar.

—Pero esta situación se hace

cada vez más difícil, mamá — respondió Marta.

—Todo tiene su término—respondió su madre.

—¿Y cuál será el nuestro? — preguntó la joven—. ¿Sabemos a lo que llegaremos?

—Claro que sí — exclamó con pleno convencimiento la madre de Brighton—. Tu hermano se casará con Edith y ella se encargará de saldar todas nuestras deudas.

A pesar de aquel optimismo que expresaba su madre acerca del casamiento de su hijo con la heredera de Gilbert, Marta no estaba muy convencida y no pudo menos que decirle:

—Yo creo que Brighton no está muy conforme con esa boda... Ya has visto que durante todo el tiempo que ha estado aquí nada le ha dicho a ella.

—Es verdad — respondió su madre —, pero cuando venga le haré ver la necesidad de apresurar ese casamiento y lo hará.

En aquel momento llamaron a la puerta y la señora Larrimore gritó desde su sitio y sin moverse:

—Pase, Fletcher.

Fletcher era el criado más antiguo de la casa. El había vivido todos los años de opulencia de la

familia, y al verla caída no quiso abandonar la casa y siguió al servicio de ellos, sin preocuparse de los muchos sueldos que le debían.

El viejo criado entró al despacho llevando sobre una bandeja de plata un telegrama que se acababa de recibir, y se lo ofreció a su señora diciéndole:

—Un telegrama, señora.

—Gracias, Fletcher—respondió la madre de Marta recogiéndolo. —Debe ser de mi hijo.

Abrió el despacho telegráfico y leyó su texto en el que se anunciaba la llegada de Brighton. Se volvió a Marta y le dijo:

—Brighton llegará a tiempo de comer.

—¡Magnífico!—exclamó Marta—. De esa forma podrá acompañar, mañana por la noche, a Edith Gilbert.

—Es preciso avisarla —observó su madre. Y volviéndose al criado le ordenó:

—Fletcher, llame por teléfono a la señorita Gilbert.

El criado hizo un gesto indeciso y ante la mirada interrogativa de Marta le respondió:

—Señorita, me temo que... La verdad, desconectaron el teléfono.

—¿Qué dice? —preguntó extrañada la señora Larrimore.

Marta, que adivinó en seguida lo que había pasado, no dejó a su madre continuar y le dijo:

—Por lo que veo, Clancey habrá hecho una de las suyas. No habrá pagado la cuenta, a pesar de que yo misma le di el dinero para ello.

—Siempre habrá de ser igual —exclamó su madre indignada. —Si hubiera estado aquí Brighton no hubiera pasado esto.

Marta hizo un gesto despectivo hacia los dos hermanos. Le molestaba la idiosincrasia de Clancey, pero no podía tampoco aguantar la seriedad de Brighton y murmuró:

—Ni uno ni otro se preocupan de cómo yo podré atender al manejo de esta casa, sin dinero... Clancey todavía no me ha dado cinco centavos este mes.

Clancey que entraba en aquel momento y que oyó a su hermana, exclamó burlonamente:

—No te he dado nada porque nada he ganado.

En la actitud de Clancey, en su forma de comportarse y en todos sus ademanes se advertía ese tipo cínico que tanto abundan entre los señoritos criados en la holgazanería.

Se dejó caer en un diván mueblemente y siguió la conversación diciéndole a su hermana:

—No tengo ni un céntimo en los bolsillos.

—¿Y el dinero que te di para pagar el teléfono?—preguntó su hermana cada vez más indignada ante la frescura que demostraba.

—Lo he gastado—respondió él tranquilamente—. Precisamente se trata del sastre, que no me entrega el traje sin antes haberlo pagado.

—Pues tú tendrás traje—exclamó Marta—, pero nosotros no tendremos teléfono y no sé con qué pagaremos al carbonero, si es que queremos calefacción.

Clancey que sentía cierta envidia por su hermano, al ver la diferencia de trato que todas las amistades le daban, exclamó burlescamente:

—No hay que apurarse. Se pagará con el dinero que Brighton está gastando en el sur.

Su madre comprendió la ironía de Clancey y salió en defensa de Brighton diciendo:

—Ya sabes que fué necesario que él fuese para vender aquella propiedad.

—¡Una magnífica idea!—contestó Clancey ricado, estruendo-

samente—. Apuesto a que tiene allá una novia y eso es lo que le detiene para regresar.

Todo lo podía consentir la señora Larrimore, menos pensar que su hijo pudiese haberse enamorado de alguien que no fuera Edith. Estaba convencida de que Brighton no podía casarse más que con ella, o con alguna otra muchacha cuyos millones los sacaran a ellos de apuros, y por lo mismo respondió convencida de lo que decía:

—¡Eso no es cierto!

—No te disgustes, mamá—replicó tranquilamente Clancey—. Ciertó o no, lo que no conseguirás es que se case con Edith Gilbert. Ya lo verás.

—Esa es una de tus muchas imbecilidades—le respondió su madre—. Todavía tengo el suficiente talento para hacerle comprender que es necesaria esa boda. Si es preciso le obligaré.

—¡Obligarlo?—preguntó riendo Clancey—. ¿No ves que Brighton es un romántico? Yo me casaría con sus veinte millones, aunque fuera la mujer más fea del mundo.

La madre quiso poner punto final a aquella conversación que le resultaba molesta y exclamó enérgicamente:

—Os advierto que no quiero que os mezcléis en este asunto. Yo me basto y sé además cómo convencer a Brighton para que se convenza.

Clancey al ver la actitud que adoptaba su madre, comprendió que lo mejor era callar, y se puso a pasear tranquilamente por el despacho, mientras que Brighton llegaba en aquel momento.

Salió a abrirle el mismo Fletcher, quien al verlo no pudo ocultar su alegría y exclamó emocionado:

—¡Bien venido, señorito Brighton!

—Hola, Fletche... ¿Cómo van esos años?

—Tirando, señorito, tirando —respondió el viejo.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó de nuevo Brighton.

—Están en el despacho, esperándole. Han recibido hace poco su telegrama.

—Pues voy para allá—terminó diciéndole Brighton.

Brighton Larrimore era un muchacho elegantísimo. Vestía sin afectación alguna y sus modales distinguidos, su conversación amena y exquisita, así como su carácter agradable, lo hacía distinguirse entre todos los demás, y ser siempre el punto de

ataque de las jovencitas que formaban parte de sus amistades.

Edith lo distinguía más que todas. Se había dado cuenta de la nobleza del muchacho y hubiera sido para ella una alegría inmensa el conseguir su amor. De sobras sabía ella la situación apuradísima de la familia Larrimore, pero también estaba convencida de que Brighton no sería nunca capaz de venderse y de que si aceptaba el casarse con ella lo haría enamorado y sin pensar para nada en su fortuna.

Cruzó Brighton varios salones antes de llegar adonde estaban sus familiares y su madre al verlo corrió a abrazarlo diciéndole:

—¡Gracias a Dios que has vuelto!

—¿Qué pasa?—preguntó Brighton al ver las caras de sus dos hermanos.

—Hemos tenido muchos contratiempos—le respondió Marta, por todo saludo—. Ayer mismo le entregaron a mamá una citación para la Audiencia.

—Cosas de la modista—exclamó Clancey tomando a broma el incidente—. Se le ha ocurrido cobrar... ¿Has visto qué idea más absurda?

—¡Calla!—le ordenó su madre. Y para tratar de impresio-

nar a Brighton desde el primer momento exclamó:—: Fue horrible. Jamás podré olvidarlo.

Brighton se sintió emocionado por el dolor que parecía expresar su madre, y acariciándola filialmente le dijo:

—¡Pobre mamá!... Yo te habría evitado esa humillación... ¿Por qué lo permitiste, Clancey?

Clancey miró extrañado a su hermano, y al fin expresó su sorpresa ante aquellas palabras diciéndole:

—¿Bromeas, Brighton? Eso no se evitaba nada más que pagando la cuenta... ¿Con qué dinero quieres que la hubiese pagado? Me hubiera gustado ver lo que habrías hecho.

—Si no lo hice ayer, por lo menos podré hacerlo hoy—respondió Brighton, convencido de que de su hermano no podía esperarse nada—. Vendí la propiedad, no por mucho, pero con lo que saqué de ella podremos pagar muchas cuentas.

En aquel momento entró Fletcher anunciando la llegada de Edith, y Brighton que quería estar un rato a solas con sus familiares le dijo al sirviente:

—Dígale que no...

No pudo terminar la frase, por-

que su madre intervino rápidamente, ordenando a la vez:

—Hágala pasar inmediatamente.

Segundos después aparecía Edith. Se había enterado por el criado de la llegada de Brighton y en su rostro se expresaba la alegría que le había causado aquella noticia.

Entró al despacho y al primero que saludó fue a Brighton diciéndole:

—Hola, Brighton. No sabía que habías llegado, hasta que me lo ha dicho Fletcher—. Y volviéndose a la madre del joven quiso excusar su presencia en aquellos momentos diciéndole:

—Perdóneme, señora Larrimore. Tal vez les he interrumpido en este momento.

—No seas tonta—protestó la madre de Brighton—. Ya sabes la alegría que nos da siempre que te vemos...

Clancey intervino también y le dijo:

—Además, ha tenido usted suerte de encontrarme aquí. Voy cerca de su casa y podrá llevarme en su coche...

—Pues no se entretenga, porque tengo prisa—le advirtió la joven.

—Tomaremos una taza de té—la invitó amablemente Marta.

—No, gracias—rehusó Edith—. Tengo que irme. Solamente he venido a decirles que aquel artista italiano, por fin se ha decidido a pintarme al óleo... Píde diez mil dólares... ¿No sé si valdrá tanto dinero?

—Por lo menos el original vale muchísimo más—le dijo Brighton galantemente.

La señora Larrimore que buscaba siempre la ocasión de que los dos jóvenes estuviesen solos se dirigió a su hijo diciéndole:

Brighton, muéstrale el retrato de Marta. Yo creo que el mismo pintor puede hacer el de Edith.

—Con mucho gusto—respondió Brighton.

Salió la joven y la madre de Brighton aprovechó los segundos para decirle a su hijo al mismo tiempo que salía:

—Obligala a quedarse.

Brighton se daba cuenta de todo el juego de su madre e interiormente pensaba en la sorpresa que la iba a dar. Por otra parte sentía desilusionar a Edith, pero su amistad con ella requería aquel acto de nobleza que estaba decidido a realizar y no dudó un instante en ser franco con la joven.

Al encontrarse solos, Edith con esa franqueza propia de las jóvenes modernas, se acercó a Brighton y le dijo:

—Olvidemos el retrato. Sé que les he interrumpido y sospecho la conversación que tenían en el momento que me anunciaron.

Brighton la miró algo sorprendido, y ella siguió diciéndole amablemente:

—Sé, además, que trataban de dinero. Estoy enterada de cuanto ocurre y créame que lo siento infinito.

—Se lo agradezco, Edith—respondió Brighton con igual confianza—. Sé que es usted una buena amiga en la que se puede confiar, pero tengo la seguridad de que todo se arreglará.

—Confíe usted en mí—le dijo ella insinuante para que él diera el paso decisivo—. Yo no tengo en el mundo nada más que dinero y sólo gasto en comer demasiado y en vestír bien... Es decir, que no tengo que preocuparme por nada de todo eso que usted tiene que preocuparse...

Brighton la miraba sin comprender el todo que era lo que se proponía Edith con aquellas palabras, y la joven continuó diciéndole:

—¿No cree usted que merece la

pena mantener la tradición de esta casa? Yo querría ayudarle de todo corazón. ¿Me comprende usted? Yo no puedo ni debo decirle más.

Brighton comprendió al fin que lo que ella le proponía era un matrimonio para salvar la situación de su casa. Mas no obstante le preguntó:

—¿Quiere usted decir que usted y yo...?

—Sí, eso mismo — declaró Edith.

Brighton se sintió emocionado ante la sinceridad y confianza de su amiga y le respondió:

—Edith, lo que usted me propone es para mí un honor tan grande que creo no merecerlo más que por una cosa: por el cariño sincero que siento por usted. Pero este mismo cariño, esta misma amistad que siempre me ha inspirado me obliga a ser sincero y a decirle toda la verdad. Piense que usted es la primera persona que va a saberlo, y esto es ya de por sí una muestra grande de la confianza que usted me merece. ¡Acabo de casarme en el sur!

Edith no se sintió molestada por aquella confesión. Durante unos segundos quedó en silencio y Brighton le dijo de nuevo:

—Siento mucho que esta confesión mía haya deshecho en parte las ilusiones o las esperanzas que usted se hubiese forjado. Yo no soy un hombre que venda sus sentimientos por unos cuantos millones. Jamás he querido obligar mi corazón a que ame a una persona a la fuerza. Creo que el amor debe ser un sentimiento espontáneo y por más propósitos que hice de amarla a usted como los míos quieren, sólo pudo admirar lo mucho que usted vale y quererla igual que si fuese una hermana. Lamentaría mucho que esto que acabamos de hablar sirviera para enfriar nuestra amistad que quisiera conservar por encima de todo.

Edith suspiró con tristeza. Cuanto acababa de decirle Brighton era una demostración más de la lealtad de aquel hombre y solamente sintió el natural interés por conocer detalles y le preguntó:

—Comprendo cuanto me ha dicho... ¿Y cómo fué el casarse? Cuénteme todo.

—Es una muchacha de condición humilde, que supo conquistar con su belleza y su bondad mi corazón. Su padre murió y su misma desgracia hizo que yo me

interesara más por ella y que le suplicase que se casase conmigo.

—¿Y dice usted que su familia no sabe nada?

—Absolutamente nada. Iba a decirselo cuando usted llegó. Ella está todavía en el hotel.

Edith le tendió la mano y al mismo tiempo que se la estrechaba Brighton le dijo:

—Brighton, ¿podría yo prestarles algún servicio? Estoy dispuesta a ayudarles en lo que sea preciso... Usted se lo merece todo.

—Es usted muy buena, Edith —exclamó él conmovido—; pero tengo confianza en que podré arreglarlo todo.

—Y ahora un consejo, Brighton—siguió diciendo ella—. Ya sabe usted que su familia sólo piensa en el dinero. Son completamente diferentes a usted. Procure que no le hagan arrepentirse de este casamiento. Su esposa entrará en esta casa como una intrusa, haga usted que se la respete y se la mire como se merece.

Impóngase... Es un buen consejo de amiga.

En aquel momento apareció Clancey y dirigiéndose jovialmente a Edith le dijo:

—¿No le dije que estaría listo en seguida? Ya estoy a su disposición.

—Pues vámonos. Adiós, Brighton y buena suerte... Ya sabe... Aviseme, si hago falta.

Clancey la cogió por el brazo y al mismo tiempo que salían le dijo bromeando:

—Edith, debía usted comprender que hace mejor pareja conmigo que con mi hermano.

—Pero eso es imposible —le dijo ella—. Yo soy de Kansas y detesto su acento de Oxford.

Salieron los dos jóvenes y Brighton quedó un momento solo en el hall, pensando en la forma cómo diría a su madre que se había casado, y que su esposa aguardaba el momento de ir a la casa que ya le pertenecía como propia.

LA INTRUSA

Para Brighton era un momento crítico en su vida. Sabía las ilusiones que su madre había puesto en su boda con Edith, los castillos tan fantásticos que había realizando con aquella unión y el fracaso que era para ella su boda con una muchacha que no tenía más caudal que su belleza y su bondad.

Al cabo de unos minutos apurció su madre, y al verlo solo le preguntó:

—¿Dónde está Edith?

—Se ha marchado—respondió tranquilamente Brighton.

—¿Que se ha marchado?—le preguntó sorprendida su madre.

—¿Por qué la dejaste ir?

—Pues porque tenía que irse...

Mamá tengo algo que decirte muy importante.

—Me lo supongo—respondió su madre sonriendo—. Por fin vas a casarte con Edith.

Brighton movió la cabeza negativamente y le respondió:

—Todo lo contrario. Le he confesado a Edith la verdad.

—¿Y qué verdad es ésa?

—Que acabo de casarme con una muchacha que se llama Phyllis Mawning. Me casé durante mi estancia en el sur.

Un rayo que hubiese caído en aquel momento no hubiera causado un efecto tan grande como el producido por la declaración de Brighton. La señora Larimore apenas si podía dar crédito

a lo que acababa de oír, y exclamó finalmente.

—Pero, ¿cómo has podido hacer eso?

—Sencillamente, porque estoy enamorado de mi esposa y por nada del mundo renunciaría a ella.

—¿Es decir que renuncias a nosotros antes que a ella?—preguntó Marta, quien apenas si podía contener su indignación. —Prefiera el cariño de «esa mujer» al de tus familiares.

—Primeramente, Marta—le respondió con gran aplomo, al mismo tiempo que energía, Brighton—esa mujer es mi esposa y debe merecerle todos los respetos, y en segundo lugar comprendo lo que mi boda significa para vosotros. Habéis pensado que casándome con Edith la vida volvería a ser para vosotros lo que hasta ahora ha sido; una existencia de holgazanería y de falso esplendor. Estabais todos engañados. Yo vulgo todavía un poco más del concepto en que me tenéis y no me presto a servir de medio para que viváis sin hacer nada. En el mundo hay trabajo, y si lo hay debemos buscarlo para mantenernos y no dedicarnos a la busca de dotes, como verdaderos mercaderes del amor.

La señora Larrimore al ver a su hijo exaltado comprendió que la cosa era más seria de lo que ella se había creído en un principio y era muy peligroso en aquellas circunstancias el contradecirlo. Conocía el carácter de Brighton y temía que este, en un acto de amor propio, renunciase a vivir en la casa, renunciase a ellos y se disipase la última probabilidad de un casamiento con Edith, después de un divorcio con su actual esposa. Su astucia se sobrepuso a su sorpresa y ordenó callar a su hija diciéndole:

—Marta, haces mal en hablar así. Estoy segura de que cuando Brighton ha hecho eso, será únicamente buscando su felicidad, y como para mí y para ti debe ser lo mismo, su felicidad es antes que nada; que traiga aquí a su esposa, que la consideraré como a una hija más.

Brighton no comprendió aquel juego de su madre, y creyendo en la sinceridad de aquel afecto exclamó abrazándola:

—Gracias, mamá. Ya sabía yo que tu terminarías aprobando mi conducta. Voy por ella, mientras que Fletcher arregla las habitaciones.

Con la alegría propia de quien ve resuelto un grave problema,

salió Brighton de su casa para dirigirse al hotel donde había dejado a Phyllis, que esperaba la entrevista de su esposo con su madre.

Brighton había dicho a Edith que su esposa le había cautivado no sólo por su belleza, sino por su bondad. Y en efecto, Phyllis era una de esas muchachas que apenas se ha tratado desaparece el sentimiento de admiración causado por la belleza, para dar cabida a un sentimiento más íntimo, mucho más noble, por su bondad.

Criada en un medio económico, desconocía aquel lujo con que vivía la familia de su esposo, y no sólo lo desconocía, sino que ni lo ambicionaba siquiera. Toda su vida estaba cifrada en el amor que sentía por Brighton, y su mayor placer había sido vivir en un modesto pisito del que ella habría sabido hacer un verdadero nido de amor.

No le llamaba la atención la riqueza ni el lujo. Jamás los había poseído y jamás tampoco había acariciado la ilusión de tenerlos. Su alma sencilla y su corazón de extremada sensibilidad solamente sabían comprender un mundo en el que vivía únicamente Brighton.

Cuando lo vió llegar corrió a abrazarlo y le preguntó ansiosamente:

—¿Has hablado con tu madre?

—Sí — respondió alegremente él —. Me ha recibido muy cariñosa y me ha dicho que verá en ti una hija más. Quiere que vayas a vivir con ella y vengo a buscarte.

La alegría que expresaban las palabras de Brighton lograron contagiar a Phyllis, que inmediatamente cerró las maletas y le respondió al fin:

—Estoy dispuesta para cuando tú digas.

Brighton le dió un beso cariñosamente, y tomándola del brazo la sacó de la habitación al mismo tiempo que la decía:

—Ya verás qué felices vamos a ser.

La distancia entre el hotel y la casa donde vivía Brighton era corta, y en pocos minutos los condujo el taxi que Brighton había hecho detener a la puerta del hotel.

Cuando Fletcher los vió llegar, mientras que ellos bajaban las maletas del coche entró a avisar a la señora de que habían llegado, y ésta, antes de que el

criado tuviera tiempo para hablar, le preguntó:

—¿Están listas las habitaciones del señor Larrimore y su esposa?

—Sí, señora — respondió el criado—. Precisamente acaban de llegar ahora.

—Pues salga a esperarlos—le dijo la señora Larrimore.

Y cuando Fletcher salió, se volvió a su hija, y para evitar que se marchase sin saludar a Phyllis, la dijo:

—No nos queda otro remedio que aceptarla, Marta... por ahora. Ya saldremos de ella.

—¿Cómo? ¿Cuándo? — preguntó desesperada Marta—. Ha sido Brighton un desconsiderado.

—No—replicó su madre—. Lo que le pasa es que está enamorado y debemos esperar a que eso se le pase.

—¡Enamorado! — exclamó despectivamente Marta—. Esas son necedades. Yo también estuve enamorada de un joven que no tenía dinero, y acuérdate lo que hiciste.

Y mientras que madre e hija discutían la actitud que debían adoptar, Brighton entraba con su esposa a su casa y se la presentaban al criado diciéndoles:

—Fletcher, esta es mi esposa.

Fletcher hizo una leve inclinación de cabeza, al mismo tiempo que le decía a la joven:

—Permitame que la felicite, señora, y la desee una dicha eterna.

—Muchas gracias — respondió amablemente Phyllis.

Conducida por su esposa fueron recorriendo los salones, antes de llegar a donde estaba su madre, y Phyllis no dejaba de mirar a todas partes, seducida por el lujo que la envolvía. Su admiración llegó a tal extremo que no pudo menos que expresársela a su esposo diciéndole:

—¡Brighton! ¡Todo es una maravilla! ¡Nunca soñé que se pudiera vivir así! Hasta me infunde miedo.

Brighton sonrió al ver la ingenuidad de aquella deliciosa mujercita que había tenido la suerte de encontrar, y la dijo:

—Vamos, ánimo y adelante.

Por fin llegaron a donde estaba su madre y su hermana, y Brighton hizo la presentación de todos.

La señora Larrimore, procurando dar a sus palabras la mayor entonación cariñosa le preguntó:

—¿Debes estar cansada, hija mía?

—No, no lo estoy —respondió cohibida Phylis.

—No obstante el viaje ha sido largo... Ven, siéntate a mi lado.

Obedeció Phylis la indicación de la madre de su marido y se sentó en el mismo sofá donde ella estaba sentada. Marta no quiso prolongar por más tiempo la primera entrevista y se despidió diciendo:

—Dispensadme, pero yo tengo que ir de compras. No sé si sabe usted que yo compro todo por mí misma para economizar.

—Yo he hecho eso siempre —suspiró Phylis—. Me he pasado la vida economizando.

Salió Marta, y la señora Larrimore aprovechó el que su hijo había ido a otra habitación para empezar su juego, preguntándole a Phylis:

—¿Con que te has enamorado ciegamente de Brighton? Comprendo que Brighton perdiese el sentido y se casase contigo; lo que no comprendo es como tú también lo perdiste para casarte con él.

Phylis miró extrañada a su suegra. No comprendía cómo podía hablar así de su hijo, y la señora Larrimore, sin dejarle

tiempo para que saliese de su extrañeza, siguió diciéndola:

—¿Cómo has podido aceptar a un hombre como Brighton, que es absolutamente pobre?

Phylis empezaba a entrever algo del juego que estaba haciendo con ella y le respondió dignamente:

—Por una sola razón, señora Larrimore.

—¿Cuál?

—Pues porque le amo.

La madre de Brighton soltó una carcajada y respondió:

—Eso suena muy bien; pero mi querida niña, yo ya soy vieja y he visto tanta miseria y desdicha por falta de dinero, que no comprendo ya el refrán de que «contigo pan y cebollas».

Se dió cuenta de la observación de que era objeto por parte de Phylis y procuró dar otro tono a la conversación, aun cuando sin dejarla del todo, y la dijo:

—Creo que tú y Brighton seréis muy felices, pero también estoy segura de que si él te hubiera explicado nuestra situación, no le habrías aceptado...

—Lo hubiera aceptado de la misma forma —exclamó Phylis—. Todos pasamos ahora por la misma crítica situación, pero eso no puede espantar a una mu-

jer como yo. Sé lo que es ser pobre, porque mi padre y yo hemos luchado mucho por la existencia.

La señora Larrimore viendo que Phyllis contestaba de muy diferente forma a como ella hubiera deseado, sonrió irónicamente y la dijo:

—Temo que no me has comprendido.

—Temo que sí — respondió Phyllis levantándose algo molesta por las palabras de quien había prometido aceptarla como a una hija—. Estoy segura de que lo que quiere usted decir es que Brighton ha cometido un error.

—Tal vez — replicó la señora Larrimore—. Mi hijo es el responsable de esta casa y de su familia. Es el mayor de todos y el que debe velar por todos nosotros. Ya debes comprender que tenemos que vivir según nuestra tradición.

—Lo comprendo — respondió la muchacha, al mismo tiempo que sentía una gran congoja por la falsedad de aquel cariño que le habían prometido.

—Pues por hoy nada más, querida — terminó diciéndole la señora Larrimore—. Puedes ir a tus habitaciones, Fletcher te acompañará.

Hizo sonar un timbre para que acudiera el fiel servidor y le ordenó:

—Fletcher, acompañe a la señora Larrimore.

—Por aquí, señora — le indicó el criado adelantándose a ella para mostrarle el camino que había de seguir.

Cuando se hallaron en las habitaciones que habían sido destinadas al nuevo matrimonio, Fletcher, a quien inmediatamente había cautivado Phyllis, le dijo:

—Los baúles están en la alcoba, señora.

Phyllis que había visto sobre una mesita un jarrón con flores se fué a ellas y después de admirar su perfume exclamó:

—¡Qué bonitas!

—Aquí hay más, señora — le indicó Fletcher mostrándole otro jarro con flores iguales a las que había alabado Phyllis.

—¡Blancas también! — exclamó la joven cogiendo el jarrón en sus brazos.

Fletcher sonrió cariñosamente ante el angelical candor de la esposa de su señor y respondió:

—Creo que las blancas son las más propias para una novia.

—Pero ¿ha sido usted el que las ha puesto aquí?

—Sí, creí que agradaría a la señora tener algunas flores en la salita.

—Claro que me gusta — exclamó Phyllis alegremente—. Es usted muy amable.

Y Phyllis que había creído que

aquellas flores habían sido puestas por su madre política, al saber que había sido precisamente el criado, fué empezando a darse cuenta de que su estancia allí no ofrecía grandes seguridades para su felicidad futura.

PRESENTIMIENTO

Phyllis despidió a Fletcher, y al quedar sola abrió los baúles y empezó a cambiarse de ropa para la hora del te. A medida que iba pasando el tiempo iba reflexionando y dándose cuenta de que su situación en aquella casa era completamente falsa. No era cierto de que la habían acogido como una hija, sino que habían visto en ella a una intrusa. A un ser que venía de un mundo diferente al de que ellos vivían, para apoderarse de algo que no le pertenecía. Se dió cuenta de que nunca le perdonarían el haberse casado con Brighton, impidiendo de aquella forma que su marido hubiera conseguido la dote de una rica heredera.

En su linda cabecita de muñe-

ca se agitaban en aquel momento los más diversos pensamientos y se dejó caer sobre el silloncito del tocador, para detenerse a pensar mejor en todo cuanto le acontecía. Enterró sus manos finas y aristocráticas entre los rizos dorados de su cabellera que como lenguas de fuego parecían acariciar su lindo rostro, y en aquella actitud permaneció un gran rato, hasta que de pronto sintió llegar a su esposo, quien al verla en aquel estado le preguntó cariñosamente:

—¿En qué piensas?

Phyllis hizo un gesto de ambigüedad, que no quería expresar nada y Brighton la estrechó en sus brazos diciéndole:

—Ven acá, mujercita. ¿Olvi-

das que hace una semanas que nos casamos? ¿Crees que debes ocultarme tus pensamientos?

Phyllis levantó la cabeza y miró fijamente a su esposo. Se cruzaron sus miradas, y en las de él creyó la joven esposa advertir la honda preocupación que Brighton sentía por su situación económica, y no pudo menos que decirle:

—No quieres decirme en la situación que te encuentras, Brighton, y yo te compadezco. Yo te ayudaré.

—¿Qué dices? — preguntó Brighton intranquilo ante el temor de que su madre le hubiera pintado el cuadro de su miseria mucho más tétrico de lo que era en realidad.

—Sé que estás en una situación difícil — prosiguió diciéndole ella —, pero yo trabajaré y ganaré dinero.

Brighton se sintió más conmovido que nunca. En aquellas palabras había expresado su esposa, inconscientemente, toda la generosidad de su alma, y sintiéndose más ligado a ella que nunca exclamó:

—Eres generosa, amor mío, pero tú no comprendes.

—Sí que lo comprendo — insistió ella—. Sé que para vivir

aquí hace falta mucho dinero. Yo soy una magnífica modista, y si me pudiera establecer debidamente haría una gran fortuna. Se gana mucho dinero con las modas modernas y nosotros podríamos ganarlo.

Brighton al ver que su esposa hablaba seriamente, dejó de sonreír y adoptando un aire grave le respondió:

Phyllis, eso que dices es absolutamente imposible.

—¿Por qué? — preguntó ella, que no comprendía en qué consistía aquella imposibilidad.

—¿Qué diría mi familia!

Phyllis fue ahora la que se abrazó a su marido, como si temiera que se lo fuesen a quitar, y le dijo:

—Yo no me he casado con tu familia. ¡Me he casado contigo!

—Sí, ya lo sé, pero a pesar de ello yo pertenezco a mi familia.

Phyllis no insistió más. Había llegado a comprender cuál era el verdadero motivo de la negativa de su marido y le dijo:

—¿Eres de esos hombres que se oponen a que sus esposas trabajen?

Brighton le habría dicho claramente que sí, pero ante el temor de que se pudiera molestar trató de excusarse diciéndola:

—No es eso, es que tú no debes trabajar, ni yo puedo permitirte.

—No te comprendo — exclamó Phyllis — ¿Qué quieres decir con todo esto?

—Que el que ha de mantenerse soy yo. Es cierto que ahora me encuentro con algunas dificultades, pero todo se arreglará. Si mi abuelo y mi padre hicieron fortuna, no veo por qué yo no la pueda hacer.

Phyllis cogió entre sus manitas la cabeza de Brighton y mirándole fijamente como si tratara de inculcarle sus ideas le dijo:

—Tú no has nacido como tu padre para corredor de Bolsa. Podrás ser mucho más que eso. Tienes talento para la literatura. Tus artículos son excelentes. Te los comprarán y podremos ser dos los que llevemos la casa.

—Preferiría escribir antes que nada, pero no puedo hacerlo. Necesito el dinero con más urgencia. No puedo abandonar a mi familia.

—Es verdad — suspiró tristemente ella —. ¡Si pudiéramos vivir solos! No me importaría donde, siempre que fuera nuestro. Dime, ¿no podríamos hacerlo?

Brighton no le quiso quitar aquella ilusión, ilusión además

justificada, y por lo mismo le respondió:

—Naturalmente que podremos, pero hay que esperar que pasen unos días. Más adelante.

Pero Phyllis comprendía que toda espera era inútil. Su estancia en aquella casa iba a ser un peligro constante para la paz de su matrimonio, y por lo mismo insistió diciéndole a su marido:

—¿Para qué esperar? ¿Por qué no hacerlo en seguida?

—Te he dicho que no puedo remediarlo, Phyllis. No puedo abandonar a mi madre y a Martha. Ten un poco de paciencia.

Phyllis no insistió más. Esperaba que él mismo se daría cuenta de que su situación en aquella casa era insostenible. Pero pasaron los días y Brighton no decidió nada. Por el contrario, Phyllis cada vez se encontró más extraña en aquella casa. Apenas si podía moverse y se veía como un pájaro encerrado en una jaula de oro. A ella le importaba poco todo aquel falso esplendor con que vivía la familia de su marido. Prefería una casita pobre, pero en la que brillara incesantemente el amor.

Una noche al entrar Brighton en su habitación encontró a su

mujer llorando, y al preguntarle la causa Phyllis le respondió:

—No puedo vivir más así, Brighton. Voy a trabajar, y si tú tienes que vivir aquí, yo me iré.

—¿Sin mí? — preguntó Brighton extrañado.

Phyllis miró a su marido intencionalmente. Temía lo que iba a responderle, pero al mismo tiempo estaba decidida a hacerlo y le contestó:

—Si tú no te vas conmigo, sí.

Brighton trató de convencerla. Comprendía el joven la razón que tenía su mujer al exclamarse de aquella forma, y procurando ocultar la verdad de los hechos le dijo:

—Eso no es justo, Phyllis. Ya te dije por qué no puedo marcharme. Debo ayudar a mi familia y tu deber es estar a mi lado hasta que podamos irnos. Todo lo que has dicho es cierto, pero ¿y los otros? Tengo un plan con el cual saldremos pronto de todo esto. Sólo te pido unos cuantos días de espera. Dime que tendrás paciencia hasta entonces.

Y al hacer esta súplica, en los ojos de aquel hombre fuerte y joven brillaba una lágrima de pesar que enterneció el corazón de Phyllis, que abrazándose a él exclamó conmovida:

—Sí, amor mío, haré lo que tú quieras.

—Pues entonces duérmete y teo fe en mí.

—La tendré — respondió Phyllis haciendo un esfuerzo para sonreír.

Brighton la abrigó amorosamente y dándole un beso en la frente la dejó en el lecho mientras él iba al despacho para arreglar algunos asuntos de los acreedores a quienes pensaba pagar con lo que había obtenido por la venta de la propiedad.

A la mañana siguiente se hallaban en el comedor esperando a la señora Larrimore para desayunar, Clancey y Marta. El primero leía tranquilamente los periódicos, mientras que su hermana repasaba los últimos figurines.

Al lado de Clancey se hallaba el aparato de tostar el pan, y al rato de estar leyendo levantó la vista del periódico y preguntó burlescamente:

—¿Se está quemando la casa?

Su hermana se dio cuenta de que era el pan el que se estaba quemando y al ver la tranquilidad de Clancey exclamó, pero sin levantarse:

—Esperaba que hicieras algo.

¿Supongo que no quieres tostadas?

—Las quemadas no — respondió tranquilamente—. Esas se las puedes guardar a tu linda cuñadita.

—¡Eres un idiota! — le dijo Marta levantándose y apagando el aparato eléctrico—. Podrías por lo menos cuidar de que no se quemasen.

—Lo siento, pero no me gusta ese oficio. ¿Por qué no se lo encargas a Fletcher?

—Ya trabaja él bastante.

—Será verdad, pero lo que veo es que ni siquiera nos sirve el desayuno decentemente.

La discusión entre los dos hermanos quedó interrumpida con la llegada de la madre, a quien la preguntaron cumplidamente:

—¿Dormiste bien, mamá?

—¿Por qué me lo preguntas?

—preguntó su madre, mirando a Clancey.

Este con todo el cinismo de que siempre había dado muestra, respondió:

—Es una costumbre que no está mal. Siempre es de buen tono preguntarlo.

Su madre le dirigió una mirada fulminante y Clancey no se atrevió a decir nada más.

Al poco rato Clancey, para animar la conversación, preguntó:

—¿Y Brighton? Nunca le ves.

—¿Te asombras de ello?— exclamó Marta—. Seguramente estará con su mujercita.

La señora Larrimore intervino en la conversación y amonestó a su hija diciéndola:

—Marta, quiero que cambies tu actitud con respecto a Phyllis. Trátala bien.

—¿Qué dices?—preguntó sorprendida Marta.

—Que la trates bien.

—Sí, mujer—le dijo riendo su hermano—. Eso es para que mamá pueda probar a su «querido» hijo que Phyllis es una «calamidad» y se divorcie de ella.

Su madre al ver que Clancey había adivinado su pensamiento intentó persuadirlo de lo contrario, por miedo de que a aquel tonto se le fuera a escapar, y le dijo:

—¿Cómo se te ocurre tal barbaridad?

—Sencillamente, porque sé que aun quieres que se case con Edith Gilbert. ¿No es esto verdad?

La señora Larrimore, al ver que llegaba su hijo Brighton, no contestó a Clancey y esperó a que

su primogénito se acercara a ella para darle los buenos días.

—¿Y Phyllis? — preguntó su madre demostrando un gran interés.

—No quiso desayuno — respondió Brighton—. Le llevé una taza de café a la cama.

—¿Está enferma? — preguntó Marta.

—No—respondió Brighton.

—Pues entonces es demasiada comodidad esa — exclamó Marta—. A mamá y a mí también nos gustaría desayunar en la cama, solamente que podemos hacerlo.

Brighton miró severamente a su hermana, mientras que su madre la hacía callar. Pero la joven sin atender la orden de su madre siguió diciendo indignada:

—No me callo porque digo la verdad.

—Pues vas a callarte, Marta — exclamó Brighton—. Ya te he soportado bastante. ¿Por qué te portas mal con Phyllis?

—Porque no tiene derecho a estar aquí. Nos humillaste trayéndola a esta casa.

—Pues te prometo que no tendrás que sufrir más esta humillación. Nos iremos de aquí.

—¿Que os vais? — preguntó burlescamente Marta—. ¿Con qué vais a vivir?

—¡Silencio! — exclamó la señora Larrimore. Y dirigiéndose a su hijo continuó: —Lo que dices es imposible, Brighton.

—No lo es—volvió a decirle su hijo—. Pondremos fin a todo esto. Vendamos esta casa y vivamos de acuerdo con nuestro caso capital.

Su madre se puso de pie, como herida por un rayo al oír la proposición de vender la casa y exclamó:

—¡Eso nunca!

—Es la única forma de salir airoso de nuestra situación. Un «club» me hace una oferta ventajosa.

—¡Te he dicho que lo prohíbo en absoluto! — volvió a decir su madre—. Este es el pago que dan siempre los hijos. Yo esperaba que si os casabais lo haríais siempre con gente de posición, que procuraríais hacer buenas relaciones comerciales. ¡Todos me habéis engañado! ¡Ahora yo haré lo que pueda!

—Pero, mamá—le dijo Brighton, procurando hacerla entrar en razón—. ¿No comprendes que el gasto de esta casa es enorme

y que nosotros no podemos sostenerlo? ¿Qué vas a hacer tú, pobre mujer?

—Hablaré con Martín Derring. Vuestro padre me trajo a esta casa y no permitiré que me echéis de ella. Yo sabré buscar un medio, sin vuestra ayuda. Le invitaré a cenar y él me dará la solución.

Brighton comprendió que todo cuanto hiciera sería inútil para convencer a su madre de la imprescindible necesidad de ven-

der aquella casa, cuyo coste era fantástico, y que sin embargo con su venta podría saldar todas sus deudas y reunir un pequeño capital con el cual no les sería difícil emprender un pequeño negocio que les diera para vivir humildemente, sin necesidad de aquel lujo fastuoso y ridículo.

En vista de aquella actitud dejó que invitase a Martín Derring, convencido de que él, como hombre práctico, le daría el mismo consejo y aplaudiría su idea.

MARTIN DERRING

Era este un hombre de unos treinta y cinco años. Fuerte, con esa fortaleza que da a la juventud moderna la práctica de los deportes, poseía también una voluntad firme para los negocios y una gran tenacidad para conseguir cuanto se proponía.

Había sabido conservar la fortuna que heredara de sus padres y la había hecho aumentar invirtiéndola en negocios productivos a los que dedicaba gran parte de su existencia. Era lo que puede llamarse un hombre completamente moderno, ajeno a esos prejuicios de la antigua sociedad y que no reconocía más fuerza que la del dinero. Era algo pariente de los Larrimore y seguía conservando la amistad de éstos,

más por cumplir que por afecto. Poco a poco se había distanciado de ellos y no se preocupaba de lo que pudiera sucederles, en vista de que los consejos que siempre había dado a la madre para que obligase a trabajar a sus hijos habían sido infructuosos.

El nombre de Martín Derring habíase colocado a la cabeza entre los hombres financieros, y su reputación como tal había adquirido una especie de aureola que hacía confiar a todos en los resultados positivos de cualquier empresa que emprendiese.

En sus primeros años tuvo una pasión y se casó con una joven de su misma condición social. En aquella mujer creyó encontrar

Martin el compendio de todas las perfecciones y el complemento que faltaba a su vida para tener una dicha completa.

Los primeros meses de casados se deslizaron apaciblemente para los dos esposos, pero conforme fué pasando el tiempo, uno y otro se fueron dando cuenta de que aquel casamiento había sido una gran equivocación. Eran dos caracteres completamente distintos, pues mientras que él era de un positivismo extraordinario y solamente veía el lado práctico de la vida, ella solamente pensaba en fiestas y diversiones, que terminaron por cansarle.

En aquellos primeros meses y para complacer a su esposa, Martin compró una espléndida finca y hasta le regaló un magnífico yate. Al venir su divorcio, como a Martin no le hacía falta el dinero, conservó cuanto tenía y solamente lo utilizaba de tarde en tarde para reunir a sus amistades.

Era hombre a quien todos sabían que rehuía las reuniones y a quien solamente se le veía entrar al teatro después de haber transcurrido el primer acto. En una palabra, Martin Derring tenía una personalidad propia que

lo distinguía entre los demás hombres y que le hacía sobresalir de la vulgaridad.

Quedó extrañado al recibir la invitación de la señora Larrimore invitándole para una cena que, según la invitación, pensaba dar a sus amistades, y más por la curiosidad que por el interés que pudiera tener, aceptó asistir a ella.

La señora Larrimore había invitado a varios amigos más, los más íntimos, con el fin de que la cena tuviera todos los caracteres de aquellas fiestas, desde luego en pequeño, que se celebraron en su casa en vida de su esposo.

A la hora de cenar, la señora Larrimore dispuso los sitios de los comensales de forma que Brighton estuviera cerca de Edith y Phyllis al lado de ella y de Martin. Estaba segura de que Phyllis no despertaría ningún interés en Martin, pero por lo menos la sabía discreta y podría ella hablar tranquilamente con Martin, sin necesidad de oídos indiscretos.

Pero la presencia de Phyllis, su belleza exquisita, la dulzura de su carácter y su majestática elegancia produjeron en Martin un efecto sorprendente. Desde que entró no tuvo ojos más que para

la esposa de Brighton y buscó los momentos para poder hablar con ella. Le encantaba oírla y hubiera deseado permanecer a su lado días enteros tan solamente para sentirse acariciado por el timbre de aquella voz que sonaba como el murmullo de una caricia.

Durante la cena la señora Larrimore quiso explicarle el motivo de aquella reunión y le dijo:

—Quiero pedirte un consejo, Martín.

Este creyó que se trataba de dinero y le respondió:

—Ya te he dicho varias veces que si me necesitabas...

—No temas — respondió sonriendo ella.

—¿Entonces?...

—Es acerca de Brighton. Se ha empeñado en vender esta casa.

—No es mala idea. Se gasta mucho en estas casas viejas.

—Lo sé, pero mientras yo viva no podrán sacarme de aquí—exclamó la señora Larrimore.

—Eres valiente, prima Emilia —le respondió sonriendo Martín.

—Tengo que serlo — siguió diciéndole la madre de Brighton—. Es necesario hacer frente a la situación en que nos encontramos. Por eso lo único que te pido es

que ayudes a Brighton a hacer carrera.

—Descuida, prima Emilia. No tengo inconveniente en ayudarle si él sabe aprovechar las oportunidades. Aunque Brighton no pueda quejarse de su suerte. ¿Te parece poca fortuna el haber conocido a una joven tan encantadora como Phyllis?

Entonces se dio cuenta la señora Larrimore del interés que su hija política había inspirado en Martín, y para no interrumpirlos, los dejó solos hasta el final de la cena.

Cuando se levantaron se acercó a Phyllis y le dijo:

—He notado que Martín estaba muy atento contigo. Esta es tu oportunidad para ayudarnos.

—¿Qué dice usted? — preguntó Phyllis, sin poder adivinar hasta dónde llegaba la fértil imaginación de su suegra.

—Pues que procures agradar al primo de Brighton, de serle simpática...

Phyllis, sin la menor picardía y tomando las palabras de su suegra tal y como ella las concebía, le contestó:

—Creo que no le he sido antipática.

Los invitados fueron sentándose en mesitas destinadas al



Martín fué en busca
de Phyllis.



- Me infunde temor.



- No olvide que la esperaré impacientemente.



- ¿Te has enamorado elegantemente de Brighton?



- Mamá tiene
algún plan.



- Todos me habéis
engañado... ahora
yo haré lo que
pueda.



- Si pierdo esta oportunidad estoy perdido.



Phyllis ocupaba un lugar al lado de Martin.



—¿Que ha sucedido?



—Bien sabe usted que
la amo.



- Ven a verme
mañana.



- Hace tiempo que no
compraba uno.



Su amor era entonces
el único fin de sus
«existencias».



— Estoy enfeñada con
usted.



Ninguna dicha podía
compararse con la de
ellos.



- Deseo que seas feliz
con Brighton.

juego, y Phyllis que no sabía manejar las cartas salió en busca de su marido. En vez de encontrar a Brighton encontró a Martin, que la invitó a sentarse al lado suyo y le dijo, como quien está enterado de cuanto ocurre:

—Veo que aun no se ha dejado vencer por esta familia.

—Es que tendría yo la culpa —respondió sonriendo Phyllis.

Martin la admiró aún más y le contestó:

—Es usted enérgica, ¿verdad? Apuesto a que el día menos pensado se va de aquí.

—Ese es el pensamiento de Brighton —respondió ella, como dando a entender de que era su esposo quien llevaba la iniciativa de los asuntos familiares.

—¿Y usted se alegrará de ello, verdad?

—Desde luego —respondió Phyllis—. Aunque solamente hace dos semanas que llegué y las cosas nuevas son a veces más interesantes... gusten o no.

Martin la miró con gran interés y queriendo dar a sus palabras toda la fuerza del sentido que encerraban, recaló la frase diciéndole:

—«Algunas» son muy interesantes... ¿Por qué no van usted

y Brighton a visitarme al fin de semana?

—Tendrá que hacerle esa invitación a él. Si él quiere ir, yo no tengo ningún inconveniente.

—¿Qué le gusta más, montar a caballo o nadar? —le preguntó Martin procurando hacerse lo más agradable posible.

—Monto a caballo desde niña, y lo prefiero a todo —le contestó Phyllis.

—¡Me alegro! —exclamó Martin—. Ya sabía yo que tendríamos los mismos gustos. Siento en el alma tenerme que ir ahora, pero no olvide que la esperaré impaciente. Salgo en aeroplano para Washington.

—¿Tan urgente es ese viaje? —preguntó coquetamente Phyllis.

—Urgentísimo —le respondió Martin—. Iba a disculparme para no venir, pero ahora me alegro de haber aceptado la invitación.

—Muy buena suerte —le deseó Phyllis ofreciéndole la mano que él retuvo entre las suyas cariñosamente, a la vez que le respondía:

—La tuve esta noche... No olvide que a fin de semana le mandaré mi coche. Y a propósito. Yo estaré ausente cuatro o cinco

días... ¿Por qué no usa mi coche entre tanto?

—Gracias—rehusó Phyllis, empezando a darse cuenta de que el interés de aquel hombre por ella era mucho mayor que el de una simple amistad—, pero no sé manejar estos automóviles nuevos que corren como demonios.

—Entonces, ¿quedamos en que vendrá a mi casa?

—Iré, si va Brighton. Mire, casualmente aquí llega.

En efecto, en aquel momento entraba Brighton, y al ver a su esposa en compañía de Martin se acercó a ellos, preguntándole a su pariente:

—¿Se va usted ya?

—Sí, ya le he dicho a Phyllis que no tenía más remedio que irme. Salgo de viaje. Y permítame que le felicite por su encantadora mujer y porque veo que está enamorada de usted. Hasta el domingo, que nos veremos en mi finca.

Salió de la sala y Phyllis, viendo que su marido no parecía estar de muy buen humor, le dijo para entablar alguna conversación:

—Este Martin parece muy divertido y distinguido.

—Por eso me molesta más lo de mi madre.

—¿Lo de tu madre?—preguntó ella.

—Sí—exclamó Brighton—. Temo que el plan de mi madre sea pedirle dinero... ¡Estoy harto de todos!

En aquel momento entró su madre y al ver que su hijo hablaba tan animadamente con su esposa le preguntó:

—¿Qué te pasa, Brighton?

—Nada—respondió Brighton, sin quererle decir la causa de su nerviosidad—. Le decía a Phyllis que viniera a jugar al «bridge».

—Irá en seguida—le respondió la señora Larrimore—. Permítame que hable con ella un momento.

Brighton dejó a su madre con su esposa y aquella en cuanto comprendió que nadie las oía, le dijo a la joven en son de reproche.

—Brighton está desesperado y yo también. ¿No comprendes lo que pasa?

—No—respondió sinceramente Phyllis.

—¿No comprendes el peso de familia que Brighton tiene encima?...

—Eso sí lo comprendo—respondió Phyllis, cuya tirantez con

su suegra iba siendo cada día mayor. Lo sé muy bien, señora, como se también lo que usted espera que haga... ¡Es injusto!

La señora Larrimore miró extrañada a su nuera y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que usted quiere que Brigh-ton haga una gran fortuna, sea por el medio que sea, y eso es injusto... Es imposible.

Su suegra la miró ativamente. Lo mismo que si mirara a un ser de clase muy inferior a ella y le respondió despectivamente:

—¿No tienes una idea de lo que significa haberte casado con mi hijo!

Phylis sostuvo la mirada de su suegra. Empezaba la lucha entre las dos mujeres, pero una lucha descarada, sin ocultación alguna de los sentimientos de ambas, y exclamó:

—Sí, sé que eso significa tener que oír a cada minuto el error que él cometió.

La señora Larrimore, gran diplomática y adivinando que si dejaba entrever sus pensamientos todo estaba perdido, procuró suavizar el tono de su voz y le dijo:

—Te pedí un favor que pudo haber ayudado mucho a Brigh-ton. Tan solamente te rogué que

fuera agradable a Martín, pero por lo que veo, lo trataste con tanta indiferencia que se fué antes de que terminara la reunión.

Phylis quiso gozarse en la sorpresa de su suegra y sonriendo irónicamente le respondió:

—No se habrá ido tan aburrido de mí cuando nos ha invitado a que pasemos el fin de semana en su casa y hasta me ofreció su coche... ¿No era eso lo que usted quería?

La señora Larrimore pasó de su actitud hostil a una de fingido cariño y replicó:

—¡Oh, Phylis! ¡Cuánto te lo agradezco! ¡Muchas gracias, hija mía!

La joven miró con desdén a su suegra. Le parecía mentira que una mujer pudiera descender hasta aquella situación por su ambición desmedida del lujo y exclamó, sin darle la menor importancia a la madre de su marido:

—No me las merezco. Nada hice, pero creo que es vil pretender ser atenta con un hombre para ayudar al esposo.

La señora Larrimore al ver que su nuera había adivinado sus intenciones, pretendió justificarse y le respondió:

—Estás equivocada en lo que

piensas. Yo no pretendo insultar a Brighton de tal modo. ¿Crees acaso que no comprendo la fidelidad que le debes?

—Puede ser—replicó despectivamente Phylis, saliendo de la sala para ir en busca de su marido y evitar que la conversación pudiera continuar agriándose.

Tal y como habían prometido y teniendo en cuenta Brighton que la amistad con Martin le interesaba, fueron a pasar el final de semana a la espléndida finca que éste poseía en las inmediaciones de la ciudad.

Martin desde el primer momento extremó sus atenciones para con Phylis, sin que Brighton se diera cuenta de aquel interés tan extraordinario que su pariente parecía demostrar por su esposa.

El mismo día de su llegada Martin había hecho preparar los dos mejores caballos de su cuadra y le dijo a Phylis:

—Para que vea que no me he olvidado de usted, me acuerdo de que su deporte favorito es la equitación y los caballos están ya preparados.

—Encantada—respondió la joven—. Voy a avisar a Brighton que se ha quedado con los demás

invitados y a cambiarme de ropa.

Primeramente hizo esto y luego fué en busca de su marido, a quien le dijo:

—¿Quieres acompañarnos en nuestra excursión?

—Me alegraría mucho poder hacerlo—respondió Brighton—, pero prometí a los demás jugar al golf. ¿Me perdonas?

—No se disculpe, Brighton—se apresuró a decirle Martin—. Yo tendré un gran placer en acompañarla.

—Se lo agradezco porque así quedaré más tranquilo. Phylis se fia en que es una buena amazona y a veces hace locuras.

—Pues descuide, que yo no la dejaré hacer ninguna.

Se despidieron de Brighton y los dos jóvenes emprendieron el camino hacia el monte. El día se mostraba espléndido de sol y ni una sola nube enturbiaba los cálidos rayos de aquel sol, que apenas hacía unas horas que había salido. Phylis, sintiendo intimamente toda la alegría de aquel campo, no pudo menos que exclamar, respirando a todo pulmón:

—¡Hermoso día!... El campo ofrece una vista espléndida.

—El panorama es mucho más bonito desde aquel montecillo—

le dijo Martín—. ¿Quiere usted verlo?

—Vamos — repuso Phylis al mismo tiempo que espoleaba su cabalgadura, que emprendió un trote rápido, seguido de la que montaba Martín. Al llegar al sitio indicado por éste, echaron pie a tierra y Martín se acercó a ella preguntándole:

—¿Le gusta?

—¡Es admirable! — exclamó Phylis—. Una cosa así he soñado siempre. Tener Brighton y yo nuestra casita en pleno campo, con una chimenea muy grande.

—Pues no creo que sea tan difícil conseguir ese deseo—le contestó Martín—. Brighton podría hacer mucho dinero... ¿Le gustaría que le buscara un empleo en la Bolsa?

—Se lo agradecería siempre—respondió ella.

—Aunque si él quisiera, podría ganar mucho dinero de otra manera.

Phylis le miró sorprendida sin poder comprender sus palabras, y Martín ante aquella actitud quiso hablar más claro todavía y siguió diciéndola:

—¿Ha oído usted el cuento de aquel que estaba dispuesto a

dar a alguien todas las riquezas del mundo.

—¿Por una recompensa?—preguntó la muchacha.

—Sí — afirmó Martín —, por una recompensa.

—Creo que fué Satanás, ¿verdad?

—Lo de menos es quien fuese. Pero, ¿no le agradaría encontrar quien hiciera lo mismo?

Phylis hizo un gesto de indiferencia y le respondió:

—Ni los imperios ni las riquezas me llaman la atención. Para mí lo único que vale es el amor de mi marido.

Martín, ante aquella actitud, quiso aclarar la suya y la dijo:

—Phylis, Bien sabe usted que la amo... ¿Qué piensa hacer?

Ella se volvió rápidamente como si quisiera repeler un ataque violento y le contestó enérgicamente:

—Y usted sabe que yo amo a mi marido... ¿Qué hará usted?

Montaron a caballo y regresaron de nuevo a la finca en el momento en que los invitados estaban tomando el baño en la piscina. Phylis fué a ponerse el maillot, mientras que Martín se acer-

có a donde estaba Brighton y le preguntó:

—¿Qué le parece esto?

—Es todo muy bonito, Martín.

—¿Y usted cómo se las arregla, Brighton? Creo que tiene usted muchas obligaciones.

—Bastantes — respondió sinceramente Brighton.

—Sin embargo, si quisiera, podría ganar mucho dinero.

Brighton lo miró como si temiera que se burlara de él y Martín continuó diciéndole:

—Precisamente necesito de un hombre como usted. Un hombre sin experiencia, pero de buena presencia. No es mucho sueldo, pero tiene muy buenas comisiones. Si le interesa, pase a verme.

—Ya lo creo que iré — respondió Brighton, viendo el cielo abierto —. Mañana mismo a las ocho iré a verle.

—Pues mañana hablaremos de eso — respondió Martín, viendo que llegaba Phyllis y marchándose.

Cuando la joven llegó adonde estaba su esposo, éste la abrazó alegremente diciéndole:

—Phyllis, Martín me ha ofrecido un buen empleo.

—¿Qué clase de empleo? — preguntó alarmada Phyllis.

—No lo sé, pero sea el que sea lo aceptaré. Tengo necesidad de trabajar.

—¿Estás contento por eso? — preguntó nuevamente la joven.

—Claro que sí. Era lo que más anhelaba.

Phyllis ante el temor de desconazonar a su marido se lanzó al agua, y los dos esposos, como si fueran dos chiquillos, permanecieron largo rato jugando en la piscina, hasta que una de las invitadas se lo arrebató. Entonces Phyllis salió del agua y se sentó sobre el césped, al tiempo que llegaba Martín, quien después de contemplarla un rato exclamó admirado más que nunca de la belleza de Phyllis.

—Me gustaría poder hacerle una estatua de mármol, tal y como está usted ahora.

Phyllis lanzó una carcajada, que quería ser alegre, y respondió:

—Parecería una momia.

Se acercó el galanteador a ella y le preguntó insinuante:

—¿Le ha dicho algo Brighton?

—Sí, me ha dicho lo que usted le ha ofrecido. Estoy muy contenta, pero creo que Brighton lo ha

tomado demasiado en serio. Nunca me imaginé que él codiciara el dinero.

—No le importe. Nosotros le ayudaremos a hacer dinero. Para eso hasta que usted quiera ser

una buena colaboradora.

Phyllis no quiso responder y aprovechó el momento en que pasaba una amiga para cogerse del brazo de ella y lanzarse al agua poco después.

UNA NUEVA VIDA

La estancia en su casa se había hecho de tal forma imposible a Phyllis, que Brighton comprendió que no tenía más remedio que irse a vivir con su mujer a otro sitio, si quería conservar las buenas relaciones con su familia.

Para ello alquiló un pisito amueblado, tomó una doncella y se instaló con Phyllis en aquel nuevo domicilio.

Durante varias semanas, Phyllis siguió viéndose con Martín, ya que éste venía en persona a buscarla, pero sin permitirle nunca la más leve insinuación. Era una mujer que parecía jugar con él como un felino juega con su víctima.

Martín, mientras tanto, seguía conservando en Brighton la es-

peranza de que le daría el empleo ofrecido, y hasta el muchacho hizo algunos préstamos sobre el dinero que podría ganar en aquel destino.

La señora Larrimore se hallaba encantada con aquella vida. Brighton le había entregado bastante dinero y hasta le había comprado un coche a plazas. Pero de lo que no se daba cuenta o no quería dársela, era de los comentarios que se hacían sobre la estrecha amistad de Martín y de Phyllis.

Una mañana, la señora Larrimore se probaba un gran abrigo que se había comprado, y le dijo a su hija Marta que la miraba cómo se pavoneaba con aquella prenda:

—Ya hacía tiempo que no compraba uno. ¿Dónde están mis guantes?

Su hija los recogió de sobre una mesita y se los entregó, mientras que su madre le decía de nuevo.

—Marta, haces mal en no ir a ver el nuevo departamento de Brighton.

—No lo creo—respondió secamente María, hasta quien habían llegado también las murmuraciones que la gente hacía de su cuñada y de Martín—. No me interesa su nuevo departamento, creo que antes de mudarse debió fijarse en qué situación nos dejaba.

La señora Larrimore miró despectivamente a su hija y respondió:

—No seas tonta.

Se puso el velo del sombrero y preguntó a Marta:

—¿Lo llevaré hacia arriba o sobre el rostro?

Marta se la quedó contemplando un momento y al final le dió su opinión diciéndole:

—Sobre el rostro... y te parecerás a la reina Victoria.

La señora Larrimore se pavoneó vanidosamente y le respondió sonriendo:

—Ya me siento como si fuera

ella... Como si hubiera recobrado el trono que había perdido.

Una vez arreglada, fué a salir, y su hija la detuvo diciéndole:

—Mamá, no olvides de decirle a Phyllis que termine su flirteo con Martín. La gente murmura de ellos.

La señora Larrimore se encogió de hombros sin dar importancia a lo que decía su hija, y respondió:

—Bah, tonterías y envidias.

Pero Marta, sin dejarla salir, interponiéndose entre ella y la puerta, insistió en su petición diciendo:

—No trates de evadirlo, mamá. Dile que tú no irás al yate de Martín y que ella tampoco puede ir.

—Es que yo quiero ir. No seas tan ridícula, Marta—protestó la señora Larrimore ante la tenacidad de su hija, que veía en entredicho la honorabilidad de su hermano.

—Pues si tú no lo haces se lo contaré todo a Brighton. Diré que la gente murmura de su esposa y de Martín, y que él está en una situación ridícula.

—Mira, Marta—respondió la señora Larrimore haciendo acopio de paciencia—; todo eso son exageraciones. El mismo Brigh-

ton aprueba la amistad de Phylis y de Martín. Eso le da tono a ella... Déjame salir.

—No sin que antes me prometas decirle a Phylis lo que te he dicho.

Y ante la insistencia de su hija y para que le dejara la puerta libre, no porque pensase hacerlo, le respondió:

—Sí, te lo prometo. Pero déjame marchar.

Unos golpecitos, dados discretamente en la puerta advirtió a las dos mujeres que Fletcher llamaba, y la misma señora Larrimore abrió la puerta preguntándole:

—¿Qué hay?

—El coche espera, señora.

Salió la señora Larrimore, acompañada del fiel criado que le abrió la portezuela del automóvil, y cuando estuvo dentro le dijo sonriendo:

—Bonito coche, señora.

—Es un regalo de mi hijo —respondió la señora Larrimore.—Volveremos a estar prósperos, Fletcher. Dentro de poco le pagaré todo lo que le debo.

—No lo dudo, señora—replicó respetuosamente el criado, quien jamás había perdido a sus amos ese respeto que todos los viejos criados tienen hacia sus señores.

Al mismo tiempo que la señora Larrimore se dirigía a la nueva casa de su hijo, Phylis iba también para ella; después de haber hecho una excursión en automóvil con Martín. Este le había enseñado el manejo de su coche, y Phylis lo lanzaba a toda velocidad por las carreteras, sintiendo la emoción de las grandes velocidades.

Mientras ella conducía en aquella ocasión, Martín, que desde hacía tiempo venía apremiándola con sus pretensiones amorosas, le dijo ante una nueva evasiva de ella:

—Es usted demasiado astuta, Phylis. Pero no podrá engañarme toda la vida.

Phylis sin responder a aquella consideración de Martín, le dijo:

—Quíteme el sombrero que me molesta para conducir.

Obedeció él, y poco después llegaron a la puerta de la casa de Phylis. Esta saltó la primera del coche y le preguntó:

—¿No quiere salir? Brighton debe estar arriba.

—No—contestó él secamente.

—Oiga, Phylis. ¿Quiere usted que Brighton vaya a Méjico a encargarse de aquel asunto?

—¿Usted cree que él podrá desempeñar un asunto tan im-

portante como ése? — preguntó irónicamente ella.

—Yo creo que sí. Además, tendré que mandar a él, o a «otros». Soy humano y estoy enamorado de usted. ¿Quiere que él vaya o no?

Phyllis adoptó una actitud digna. Comprendió todo lo que quería decirle Martin y le respondió seriamente:

—No tiene usted que añadir nada más a lo dicho. Lo he comprendido todo y lo mejor es que lo olvidemos. Yo le estoy agradecida, porque se ha portado usted muy bien conmigo, y yo me he divertido mucho, aunque crea usted que sinceramente creí que tenía usted fe en Brighton... Pero si usted no tiene confianza en él... si no le cree competente, cuanto antes se lo diga mejor. Tendrá que olvidar el viaje a Méjico, y todo lo demás.

—Brighton comerá hoy conmigo para discutir la cuestión... No sea usted tonta.

—No soy de la misma opinión que usted, Martin. Y Brighton le dirá esta noche... En fin, él sabrá qué contestarle. Adiós, y gracias por todo.

Seguidamente subió a su casa y se encontró con que había allí visita. Eran dos jóvenes, antiguos

amigos de los Larrimore que habían ido a fisgonear el nuevo departamento de Brighton. Este al ver entrar a su mujer le preguntó confiadamente:

—¿Dónde fuiste?

—A Greenwich, con Martin.

—¿A la fiesta de Molly?—preguntó la joven que estaba de visita.

—Sí—respondió Phyllis—. Por cierto que resultó un fracaso.

—Bueno, nosotros ya nos íbamos, ¿verdad, Brighton?

—En efecto—respondió éste;—salían cuando tú entrabas.

El matrimonio acompañó a los visitantes hasta la puerta, y mientras que Brighton se despedía de ellos, Phyllis entró de nuevo en su casa y quedó sorprendida al ver allí a su cuñado Clancey. Se puso en guardia, puesto que sabía que siempre que iba a visitarla era para darle un sablazo, y no se equivocó esta vez, puesto que Clancey le dijo:

—Phyllis, debo cien dólares a Edith... Préstamelos por unos días.

—¿Cómo es posible que debas dinero a Edith?—preguntó ella, molestada porque le pidiera dinero a la que sabía que era su rival—. Espera.

Entró a su habitación y poco

después salió con la cantidad que le había pedido su cuñado, diciéndole:

—Toma; devuélveselos en seguida.

Clancey cogió el dinero que le daba su cuñado y fingiendo una gran emoción le dijo:

—Gracias, Phyllis. Eras muy buena.

Minutos después entraba nuevamente Brighton, y al encontrarse a solas con su esposa le preguntó:

—¿Supongo que tuviste más suerte con el jefe que yo con el cliente?

Phyllis estaba decidida a decirle toda la verdad a su marido. Comprendía que la situación en que se hallaba era insostenible, y a tal fin empezó diciéndole:

—Brighton, quiero hablarte.

Pero Brighton, sin darle tiempo a confesarle nada, perseguido por aquella idea de hacer fortuna, la interrumpió diciéndole:

—Phyllis, a veces creo que Martin confía en mí, y otras veces...

Se detuvo sin saber a ciencia cierta qué decir a Phyllis; le instó a que hablase preguntándole:

—¿Otras veces qué?

—Pues que hace un mes estaba seguro de que iría a Méjico... y ahora... En fin, si esta noche

no me lo dice sabré que me engaño.

—Dile tú mismo que no quieres ir—le propuso Phyllis, pensando que de aquella forma se acabaría la amistad con Martin y podría ella gozar nuevamente de una calma moral que tanto necesitaba.

Su marido la miró extrañado, al oírle aconsejar aquello, y exclamó exaltado:

—¿Estás loca? Con ese viaje a Méjico ganaré una fortuna.

La conversación quedó interrumpida por la llegada de la señora Larrimore, y Brighton al verla se levantó a saludarla diciéndole:

—Hola, mamá. Creí que no vendrías hoy... ¿Quieres vino?

—No, gracias—respondió la señora Larrimore, recorriendo con la mirada toda la estancia y exclamando halagada—: Qué bonito está todo esto...

La doncella solicitó permiso para entrar, y una vez obtenido le dijo a Brighton:

—Mister Martin le llama por teléfono.

Salió inmediatamente Brighton, y la señora Larrimore aprovechó la ocasión de estar a solas con su nuera para decirle:

—A propósito, hija mía; su-

pongo que habrás aceptado la invitación de Martín para ir a su yate.

—No — respondió secamente Phyllis —. No voy... No quiero ir.

—Yo tampoco quiero ir—replicó la señora Larrimore—; pero no me atrevo a rehusar por el bien de Brighton. Martín desea que vayas y tú debes ir. Debes ayudar a Brighton ahora que lo necesita.

Phyllis se la quedó mirando fijamente, sin saber si despreciarla o si echarle en cara toda la infamia que proyectaba hacia su propio hijo. Al fin consiguió calmar sus nervios y le preguntó irónicamente:

—¿Cree usted que la prosperidad de Brighton es lo más importante?

—Claro que lo creo, y espero que «tú» también lo crearás así. Debes por él y por nosotros hacer todo lo posible por ayudarlo. Si Martín ayuda a Brighton, su casamiento...

Se detuvo sin atreverse a decir la palabra que pugnaba por salir de sus labios, pero Phyllis que la adivinó se levantó airadamente diciéndole:

—¡Dígalos! Si yo consigo que Martín ayude a Brighton, entonces, el haberse casado conmigo

no fué la «calamidad» que creyeron.

Menos mal que Brighton entraba en aquel momento, pues de lo contrario el altercado entre nuestra y suegra hubiera sido mucho mayor. Pero la presencia de Brighton detuvo a Phyllis, y la señora Larrimore, ante el temor de que la conversación pudiera suscitarse de nuevo, se levantó diciéndole a su hijo:

—Bien, hijo mío, debo irme. Muchas gracias por el coche. Es precioso. ¡Dios te bendiga! ¡Cuánto me alegro de que tú y Phyllis seáis tan felices!

Phyllis ni siquiera le hizo caso a aquellas últimas palabras. Sabía cuánto doblez encerraban, y solamente sintió un gran desprecio hacia aquella mujer que antepone el dinero y la ambición a cualquier otro sentimiento.

Apenas volvió su esposo de despedir a su madre, Phyllis le preguntó:

—¿Qué te ha dicho Martín?

—No era él—respondió desconsolado Brighton—. Era el secretario quien llamó, para decirme que Martín había anulado nuestra entrevista. Vacila y ya sé lo que eso significa.

Phyllis le hizo detener en sus paseos, lo miró fijamente como

si quisiera hacerle comprender el significado de la pregunta que iba a dirigirle y le preguntó:

—¿Te importaría mucho no ir?

—Naturalmente — respondió Brighton, sin comprender el peligro que corría su mujer—. El no querrá saber más de mí.

—¿Y qué importa?—replicó Phyllis—. Tú tampoco dependes de él.

—No digas tonterías, Phyllis— exclamó Brighton.

—Además—insistió su mujer,—si otro lo puede hacer mejor, no culpes a Martín. No tienes razón.

—No es eso solamente—siguió diciéndole Brighton cada vez más exaltado—. Martín no debió engañarme, haciéndome creer lo que no era cierto... Aunque creo que sólo me ayudó en estos últimos tiempos para complacer a mi madre.

Phyllis trató de consolarlo, se abrazó a él y mimosamente le dijo:

—No te apures. Puedes hacer algo sin ayuda de nadie... ¿Por qué no escribes?

Brighton rió burlonamente y le respondió:

—¿Escribir? ¡Vaya un porvenir! No podría escribir nada... ¿Crees que podría pagar las deu-

das? ¿Podrías vivir así? Debo mucho, y si pierdo esta oportunidad estoy perdido.

Phyllis, cada vez más cariñosa, al ver el estado de exaltación de su esposo trató de consolarlo diciéndole:

—No te apures porque tengamos que vivir más humildemente. Lo único que yo temo es que nos separemos... Desde que has hecho dinero no eres el mismo. Parece que hemos cambiado. No nos queremos como antes.

—No digas eso, Phyllis. Lo que pasa es que ya no podemos volver atrás. Tú te has acostumbrado también a vivir con lujo y a gastar...

—Es verdad, lo confieso—repuso ella—. He gastado mucho, pero procuremos no gastar más. Yo debo decirte la verdad, he de hablarte sinceramente.

Pero Brighton se hallaba en un estado de exaltación tal, que no quiso atender a su esposa y exclamó violentamente:

—No me digas nada. No quiero oírlo. No quiero que me digas que podemos vivir en una habitación. ¡Es imposible! ¡Llegaríamos a odiarnos!

No obstante, Phyllis no se acobardó. Comprendía que aquella era la ocasión para sentirse fuer-

tes, para sentirse más unidos que nunca, y cogiendo a su esposo por los brazos le dijo:

—Mirame, Brighton. Si no hacemos frente a esta situación, demostraremos que somos unos tontos.

Pero Brighton no se avenía a razones. En aquel instante su cerebro estaba ofuscado por la idea de la ruina que le sobrevenia, y le respondió:

—Hablas así, porque tú no has tenido nunca nada... Si hubieras valido algo en la sociedad, como nosotros, hablarías de diferente manera.

Phylis nunca hubiera sospechado que hasta su mismo esposo fuera capaz de echarle en cara la humildad de su origen, y ante aquel insulto se reveló y exclamó:

—¿De veras crees que no valgo nada?

—No he querido decir eso, sino

que no conoces el poder del dinero.

—¿Lo crees así? Pues si lo más importante es el dinero, descuida que lo tendremos. Haremos dinero. Si es lo que quieres, yo también lo quiero.

Y saliendo de la habitación donde estaba con su esposo, se fué adonde estaba instalado el teléfono y llamó a Martín diciéndole:

—Martín... Habla usted con Phylis... Dele usted el puesto a Brighton.

—¿Sabe usted a lo que se compromete con su petición?—preguntó Martín.

—Sí, lo sé—respondió medio llorando Phylis—. Espérame que iré mañana a la fiesta del yate... Estoy decidida a ir, si usted da el empleo a mi marido.

Y de aquella forma Phylis quiso demostrar a su esposo y a su familia que ella valía más de lo que ellos se habían pensado.

EL SACRIFICIO DE PHYLIS

Al día siguiente Martín mandó llamar a Brighton y le dijo:

—Siento mucho el que no pueda venir esta noche a mi fiesta en el yate, pero tiene que salir inmediatamente para Méjico. Perdóne que anoche no pudiera atenderlo, pero precisamente estaba hablando de este asunto y quería dejarlo terminado para darle una satisfacción completa. ¿Está usted contento?

Brighton estrechó emocionado la mano de Martín y exclamó:

—Nunca podré pagarle a usted el favor que me hace. Con ese destino podré encauzar de nuevo mi vida... ¿Cuándo debo salir?

Martín temió que la despedida con su esposa pudiera dar lugar

a que aquélla se arrepintiese de su promesa y le respondió:

—Ahora mismo debe usted ir al aerodromo. Mientras tanto enviaré por su maleta, para que no pierda tiempo.

—Así mismo lo haré—replicó Brighton—; le ruego que usted mismo me disculpe con mi esposa diciéndole lo precipitada que ha sido mi marcha.

—Descuide usted, que lo haré—terminó diciendo Martín, al mismo tiempo que le entregaba unos cuantos billetes y le decía:

—Esto es un anticipo para el viaje.

Se despidieron los dos hombres, ignorando Brighton a qué precio compraba aquel favor, y siguiendo las instrucciones de

Martín, se fué hacia el aerodromo, donde poco después tomaba el avión que había de conducir-lo a Méjico.

Por la noche tuvo lugar la fiesta con que Martín obsequiaba en su yate a sus más íntimos amigos. Solamente habían sido invitados Phyllis, que ocupaba un lado en la mesa junto con Martín, la madre de Brighton, y los dos amigos que fueron a ver el piso de Phyllis el día anterior.

La muchacha, que era de una locuacidad extremada, al ver que todos hablaban al mismo tiempo impuso silencio y les dijo:

—Parecéis unos loros hablando y no dejáis a Phyllis que quere hablar.

Esta miró extrañada a su amiga, y su suegra, viendo que Phyllis no acertaba a decir nada, quiso salvar la situación y levantó su copa diciendo:

—Brindemos por Martín, por haber concedido a mi hijo esta brillante oportunidad.

—¡Por Martín! — exclamaron todos.

Para Phyllis toda aquella comedia era una burla cruel para el hombre a quien tanto amaba. Estaba convencida de que cuantos se hallaban allí sabían, o por lo menos sospechaban, a costa

de qué Brighton lograba aquel empleo, y por lo mismo, sin poder apartar de su mente el recuerdo del ser querido, levantó su copa y mirando fijamente a su suegra brindó:

—Por Brighton y porque consiga un espléndido porvenir.

Sin poderse contener se levantó de la mesa y se fué hacia la borda del barco. Martín que la vió, llamó quedamente a uno de los servidores y le dijo:

—Procure que no falte el champán un solo momento en las copas de mis invitados. Es preciso que ninguno pueda salir del barco esta noche.

—Descuide, señor — respondió el criado.

Se fué Martín hacia donde estaba Phyllis, y al verla llorar le dijo cariñosamente:

—¿Qué le pasa, Phyllis?

—Nada — respondió ella —. Son los nervios.

—Debe usted tranquilizarse — volvió a decirle Martín —. ¿Quiere usted que le sirvan algo?

—No, muchas gracias — respondió ella —. Esto me pasará.

—Pero es mejor que tome usted un calmante... Yo le ruego que lo haga así. Venga, yo mismo se lo haré servir.

La cogió por el brazo, y sin que

ella opusiera resistencia, como si fuera un ser que carecía de alma y de voluntad propia, se dejó llevar hasta el camarote donde la llevó Martín.

Unas horas después, todos los invitados dormían profundamente, debido al exceso del champán, sin que ninguno pensara siquiera en el sacrificio de una pobre mujer, que se entregaba tan solamente por hacer feliz al hombre que adoraba.

Después de aquella noche Phyllis no había vuelto a ver más a Martín. Fue inútil que éste la llamara por teléfono repetidas veces, que la invitara y que insistiera en salir con ella. Phyllis huía de él. Ella había cumplido su promesa y no se consideraba obligada a nada más. Había conseguido que su marido liquidase todas sus deudas con aquel empleo, y creía que, gracias a su sacrificio, podría emprender una vida de actividad y productiva para rehacer de nuevo su fortuna.

También sabía que su honorabilidad se hallaba de boca en boca de sus amistades. Pero no le dolía por ella, sino por su marido. Phyllis hubiera querido que su sacrificio hubiera sido desconocido por todos, que nadie lo

hubiese sabido, aunque ella hubiera tenido que huir de su hogar, para sufrir en silencio su castigo.

Al tercer día de la fiesta del yate, se hallaban en la ópera la señora Larrimore y su hija. En el palco de al lado estaba también la pareja inseparable, que había asistido a la fiesta del yate y otros conocidos más.

La señora Larrimore, a pesar de saber lo que había pasado entre su nuera y Martín no le daba gran importancia, pensando únicamente que gracias a ello podrían contar con la ayuda continua de Martín.

Al terminar el primer acto se presentó Martín en el teatro, en el momento en que se abrían los palcos y empezaban a salir los espectadores. Martín al ver a Marta se dirigió inmediatamente a ella y le preguntó:

—¿Y Phyllis?

—No viene — respondió secamente la joven—. Espera a Brighton esta noche.

—Ah, sí—exclamó Martín que ya no se acordaba que Brighton teñía que volver aquella noche. —Por cierto que desempeñó su misión excelentemente.

Bally, la muchacha que Mar-

lin había invitado al yate, se encaró con él y le dijo:

—Estoy enfadada con usted.

—¿En qué he podido yo incurrir en su enfado?—preguntó galantemente Martín.

—¿Por qué no fué a comer, cuando le invité?

—Me fué absolutamente imposible—respondió Martín—. Y cuando telefoneé ya no estaba usted. Le aseguro que me supo muy mal, no poderme excusar personalmente... Con permiso. No tardaré—terminó diciendo, al mismo tiempo que se marchaba a la cabina telefónica.

Al quedar solos, sin Martín, Bally que era el mismo demonio, sin preocuparse de la gente que la oía exclamó burlescamente:

—¿Conque hoy vuelve Brighton? Claro, esa es la costumbre. Así su esposo no ve nada, o por lo menos finge mejor no saber nada... Este Martín es tremendo. Ni a Phyllis siquiera ha perdonado.

Marta sintió que la vergüenza le nublaba la vista. Comprendía de sobras lo que quería decir Bally y llamó a la encargada del palco diciéndole:

—Tenga la bondad de decir a mi madre que quiero hablar con ella.

Segundos después apareció la señora Larrimore y preguntó sorprendida a su hija.

—¿Qué pasa?

—Que nos vamos—le dijo su hija.

—¿Por qué?

—Acabo de oír algo muy molesto y muy bien insinuado. Tú no tienes poca culpa de todo.

—Pero, ¿de qué se trata?—preguntó la señora de Larrimore, mientras bajaban la amplia escalinata del teatro.

—¿Te acuerdas de que me prometiste decirle a Phyllis que no fuera al yate de Martín?

—¿Y por eso nos vamos del teatro?—preguntó la señora Larrimore queriéndole quitar importancia a lo que ella de sobras sabía que la tenía.

Marta la miró indignada. No podía comprender cómo el egoísmo de su madre llegaba a tal extremo y le dijo:

—No finjas, mamá. Vendrás ahora mismo conmigo a ver a Phyllis y a decirle lo que se comenta de ella y Martín.

Y quieras que no tuvo que acceder al deseo de su hija y marchar a ver a Phyllis, quien en aquel momento sostenía una polémica con su cuñado.

Este se había acostumbrado a

que su cuñada le diese todo el dinero que pedía y Phyllis, en aquella ocasión, por lo crecida que era la suma, se la negaba, mientras que Clancey le decía:

—Te digo que necesito tres mil dólares. Tu puedes prestármelos.

—No los tengo—respondió Phyllis.

—Pues te advierto que el nombre de Brighton está mezclado en este asunto.

Phyllis se levantó indignada ante la acción de su cuñado y exclamó:

—¿Cómo te has atrevido a ello? Llevas una vida deplorable, Clancey.

El cinismo de Clancey se mostró una vez más. Olvidó todos los favores que había recibido de su cuñada para decirle ofensivamente:

—¿Y cómo vives tú? ¿Cómo consigne Brighton el dinero? Martín lo ha protegido porque te quería y te conquistó... Conque ya lo sabes. O me das el dinero, o se lo cuento todo a Brighton.

Ante aquella amenaza, Phyllis se levantó airadamente y le respondió:

—Si crees que de esa forma vas a conseguir algo de mí estás equivocado. No te lo daré. Haz lo que quieras.

Clancey no esperaba esta actitud de su cuñada. Creía a ciegas que bastaría con amenazarle de que su hermano lo sabría todo para que ella le entregase el dinero. Y en vista de que no era así, creyó que su hermano sería cómplice con su mujer, y le dijo:

—No temes a Brighton porque él también lo sabe.

La idea de que alguien pudiera creer a Brighton cómplice de su culpa exaltó de tal forma a Phyllis que sin pensar lo que hacía le dió una tremenda bofetada a su cuñado, al mismo tiempo que le decía:

—¡Mientes!

Las últimas palabras de Clancey fueron oídas por la señora Larrymore, así como la adecuada contestación de Phyllis, e interrumpió la violenta escena diciendo:

—¿Qué pasa?... ¿Qué es lo que dice Clancey?

—Lo que todo el mundo sabe—respondió su hija.

—¡Calla, marta!—le ordenó su madre.

Phyllis no estaba dispuesta a ocultar a nadie lo que había pasado entre Martín y ella, a nadie que fuera de su familia, de aquellos que la habían obligado a hacer lo que ella quería para satisfacer su ambición.

y por lo mismo se adelantó desafiante hacia las dos mujeres y les preguntó:

—¿Sabéis ya lo de Martín y yo?... Pues es verdad.

La señora Larrimore al ver en aquella actitud a Phylis y comprendiendo que si hablaba todos la culparían a ella de haberla obligado a dar aquel paso, quiso evitar el escándalo y procuró mostrarse con ella cariñosa diciéndole:

—Phylis, a pesar de lo que hayas hecho debemos ayudarte. Te perdonaremos y ayudaremos, si sigues nuestros consejos.

—¿Perdonarme? — exclamó exaltada la muchacha—. Usted podrá perdonarme a mí, pero yo no la perdonaré nunca. ¡Sabía que su única ambición era el porvenir de su hijo. El precio no le importaba a usted. Sólo os interesaba el dinero, dinero y más dinero. Pues ya lo tenéis... De nada tenéis que perdonarme... No me importa lo que penséis de mí, porque nunca podréis pensar tanto como yo pienso de vosotros.

—Phylis—insistió nuevamente la señora Larrimore—, no seas tonta. No digas nada a Brighton. Yo te ayudaré.

—¡No necesito su ayuda para nada! —exclamó Phylis.

En aquel momento apareció Brighton. Al ver a su madre y a su hermana en unión de su esposa, y ver que ésta se arrojaba llorando a sus brazos, preguntó sorprendido:

—¿Qué pasa?... ¿Qué ha sucedido?

—Nada—respondió su madre aparentando una gran tranquilidad—. Salimos antes de terminar la ópera para saludarte. Ya que te hemos visto, nos vamos. Ven mañana a verme y me contarás cómo te ha ido tu viaje.

Marta mientras tanto se había acercado a Phylis, y sin que la oyera su hermano, le preguntó:

—¿Se lo dirás a Brighton?

—Aun no lo sé—respondió Phylis para que la dejase tranquila.

—No le digas nada... Piensa que le matarías.

—Vamos, Marta—le gritó su madre desde la puerta donde había llegado con Brighton.

—Vamos, mamá—respondió la joven acercándose adonde estaban, y saliendo de la casa.

Brighton, que estaba descando quedar a solas con su mujer, en cuanto salieron sus familiares corrió al lado de Phylis, la abrazó amorosamente y le preguntó:

—¿Tenías muchas ganas de verme?

—Muchas—respondió ella, conteniendo los sollozos que apenas la dejaban hablar—. Estoy tan contenta, que apenas puedo hablar.

—Yo sólo he pensado en ti y de cómo me porté contigo la última vez. ¿Me perdonas, Phylis?

—Claro que te perdono—respondió la muchacha, cobijándose contra el pecho de su marido.—No hablemos más de eso.

—Sin embargo, me parece que te pasa algo. ¿Estás enfadada conmigo?

—No es eso, Brighton—respondió Phylis anegada en llanto—. ¡Ojalá que no te hubieses ido nunca!

—¿Por qué? Precisamente mi viaje hará que podamos lograr tu sueño de siempre: La casita en el campo.

Phylis cerró los ojos y en unos segundos volvió a vivir el principio de aquellos amores con Brighton. Cuando allá en el sur su amor era el único fin de su existencia. Ninguna dicha podía compararse con la de ellos.

Brighton siguió diciéndole:

—Martín me ha ofrecido...

—¡Calla!—gritó ella—. No hables más de Martín. ¡Calla, por favor! ¡Martín es un miserable!

Lo que hizo no lo hizo por ti... Lo hizo porque me quería.

Brighton se levantó como picado por una serpiente y exclamó:

—¡No es posible!

—¡Es la verdad! ¿Recuerdas las palabras que tuvimos aquel día? Creí que pensabas que lo más importante para ti era obtener dinero. Bien claro me lo dijiste.

—¡Pero nunca de ese modo!—exclamó él.

—Ahora todo parece ridículo: mi sacrificio, tu dinero, todo. Ya ni siquiera podemos empezar a vivir de nuevo, como yo quería, humildemente... Lejos de todo este falso esplendor.

Y para ocultar su dolor se encerró en su alcoba, mientras que Brighton permanecía arrojado en el sillón, presa del dolor más grande que pudiera haber sentido en toda su vida.

Phylis, pasados los primeros segundos cogió el abrigo, se lo echó encima y sin que su esposo se diera cuenta huyó de aquella casa, a la que ella denigraba con su sacrificio.

Al oír cerrar la puerta, Brighton reaccionó, como si volviera de un sueño. Tuvo el presentí-

miento de que era Phylis que se marchaba y corrió a la alcoba de ésta para ver si estaba allí.

Llamó varias veces antes de entrar y en vista de que no le contestaba, abrió violentamente y entró en la alcoba que encontró vacía.

Con la rapidez del pensamiento corrió a la escalera y comenzó a gritar desesperado:

—¡Phylis!... ¡Phylis!

Nadie contestó a sus llamadas y volvió de nuevo desconsolado al interior de su piso. La doncella que había oído los gritos se

apresuró a presentarse preguntándole:

—¿Le ocurre algo a la señora?

Brighton la miró unos segundos indeciso sin saber qué contestar, hasta que finalmente, apoyando su cabeza en las manos respondió anonadado por lo que le acababa de ocurrir.

—La señora se ha marchado... La señora no volverá más.

Y una congoja infinita ahogaron las palabras en su garganta, sin tener fuerza para seguir hablando.

DOS CORAZONES ALEJADOS

Pasaron los días desde que Phyllis había huido de la casa. Durante ese tiempo ni uno ni otro había pedido el divorcio, ni sabía ninguno nada de ellos. Brighton después de un fuerte altercado con Martin, había renunciado a todos sus favores, se había ido a vivir con su madre y buscaba tenazmente a Phyllis, para que volviese a su lado.

Pero la muchacha se había recluido en una modesta habitación y allí esperaba el momento en que encontrase trabajo para poderse ganar honradamente la vida. Por fin una tarde leyó un anuncio en un diario que decía:

SE DESEA UNA JOVEN

para modelo en una casa de modas muy exclusiva. No necesita experiencia. Informarse en la agencia de empleos Melgraham.

Y aquel mismo día Phyllis consiguió ser admitida en la casa de modas, y pudo ganarse su comida.

Todas las tardes, al salir del taller, se dirigía a un restaurant que había cerca de allí, y comía lo que buenamente podía, con el sueldo que ganaba. Una de las tardes se hallaba en una mesa comiendo tranquilamente las tortas que acababa de comprar cuando sintió la voz de Martin que le decía irónicamente:

—¡Qué bien huelen!... ¡Por fin he descubierto dónde trabajas! ¡Te admiro, Phyllis!

—No veo por qué—exclamó ella—. Hago lo que siempre quise hacer. Pero usted no ha debido venir.

—Hace tres meses que no te veía, y desde entonces tengo necesidad de decirte algo muy importante. ¿Quieres casarte conmigo, Phyllis?

Phyllis le miró sorprendida. Aquella proposición habría ilusionado a cualquier otra mujer que no fuera ella. Sin embargo, Phyllis tranquilamente le respondió.

—No hablemos de eso, Martin. Nada ganaríamos con ello. Eso sería una cobardía.

—¿Es que no me quieres lo suficiente?

—No le quiero nada—le confesó Phyllis—. Amo y amaré siempre a Brighton.

—¿Esperas acaso que vuelva a tu lado?—le preguntó Martin.

—No, no lo espero, ni quiero que suceda.

Había terminado de comer, pagó lo que había consumido y Martin le dijo:

—Mi coche está fuera.

—Gracias, prefiero caminar. Adiós, Martin.

Salió del restaurant y se dirigió directamente al taller. Cuando llegó se encontró allí a Edith.

Ella había sabido por casualidad dónde trabajaba Phyllis, y había ido a verla, para ofrecerse a ella. Sabía de sobras que toda la culpa de lo que había pasado era de la madre de Brighton, y desde el primer momento se puso de su lado. Ya que Phyllis no quiso aceptar nada de ella, aun

cuando reconocía que en el ofrecimiento de Edith no existía intención de rebajarla, ésta se mandaba hacer casi todas las semanas un traje.

El solo hecho de vestirse allí Edith, había dado lugar a que muchas de las amistades de ésta adoptaran aquella casa para hacerse la ropa. Indudablemente los millones de Edith le daban a la joven cierta supremacía en cuestiones de modas y sus amigas seguían todos sus gustos.

La dueña de la casa estaba encantada de aquella adquisición que había hecho con Phyllis, y constantemente la decía:

—Es usted una tonta, hija mía.

—¿Por qué?—le preguntó Phyllis sorprendida.

—Porque si usted quisiera podría sacarse un sueldo mucho mayor.

Phyllis la miró sin saber cómo podría obtener aquel sueldo y la dueña del establecimiento la dijo, al darse cuenta de su extrañeza:

—Su marido de usted debe tener muy buenas amistades y usted debería aprovecharlas.

—No sé de qué forma quiere usted que las aproveche — preguntó Phyllis.

—Pues haciéndolas venir aquí a hacerse la ropa.

—Yo no sirvo para eso—respondió Phyllis—. Yo estoy separada de mi marido, pero nunca aprovecharé las amistades que hice a su lado para lucrarme de ellas.

—Sin embargo, ya ha visto usted cómo viene a vestirse aquí la señorita Edith—le replicó la dueña.

—Pero ya sabe usted que jamás he querido la comisión de sus compras. Si viene aquí es porque a algún sitio tiene que ir a hacerse sus vestidos, pero no porque yo la haya instado.

Y la verdad era aquella. Edith al enterarse de que Phyllis trabajaba allí le dijo claramente a la dueña:

—Desde hoy vendré siempre a hacerme aquí mis vestidos. Quiero que la comisión que pueda ganarse otra, se la gane Phyllis.

Pero al irle a entregar aquellas comisiones Phyllis las rehúsó diciendo:

—Yo no la he buscado a usted ninguna cliente. Si viene aquí es porque quiere. Nada tiene usted que entregarme.

Mas a pesar de esta negativa y de estas palabras, la dueña estaba convencida de que si conse-

guía de que Phyllis trabajase a sus otras amistades, su negocio prosperaría como la espuma; cosa que le fué imposible conseguir.

Aquel día cuando llegó encontró allí a Edith que le dijo:

—No es justo que yo sólo me dedique a extender cheques; mientras tú te esclavizas por 25 dólares semanales. ¿Por qué no quieres que yo te establezca y te ponga una gran casa de modas?

Phyllis sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, ante la nobleza de la que debía ser su rival y le respondió:

—Puedes hacer otra cosa mejor, Edith. Cásate con Brighton.

—Pero, ¿es que vas a divorciarte? — preguntó sorprendida Edith.

—Mi casamiento con Brighton —siguió diciéndole— fué una equivocación. Tú y él seréis muy felices...

—¿Acaso vas a casarte con Martin?

—Sería una tonta si no lo hiciera — respondió Phyllis, para animarla—. Yo deseo que seas feliz con Brighton. Dícelo de mi parte.

—Bueno, ya hablaremos de esto—repuso Edith—. Te espero en mi coche.

—No me esperes, porque probablemente Martha estará esperándome.

Salió de la casa de modas y se dirigió en su coche a su casa, sin pensar para nada en hacer uso en su favor de lo que había dicho Phyllis.

Edith era un alma noble e incapaz de aprovecharse de la difícil situación de su amiga. Por otra parte estaba segura de que Brighton seguía amando a su mujer. Se lo había advertido en varias ocasiones que habló de ella, y aquel mismo día tuvo la ocasión, cuando casualmente se lo encontró.

Edith intencionadamente sacó la conversación de Phyllis y le preguntó:

—¿Te gustaría encontrarte otra vez con ella, Brighton?

—¡Es lo que más deseo en la vida! — respondió emocionado Brighton—. Pero voy creyendo que eso es imposible.

—¿Por qué?—preguntó Edith.

—Porque la he buscado por todas partes y no la he encontrado. Además, si la encontrara no me perdonaría.

—¿Estás seguro? — preguntó nuevamente la muchacha.

—Por completo. Phyllis debe odiarnos a todos. Nosotros no

nos hemos cuidado de ella y mi familia solamente ha querido valerse de Phyllis como de un medio para conseguir la fortuna de que carecemos.

—¿Y qué piensas hacer, entonces?—inquirió Edith.

—He vendido la casa y me iré al Sur otra vez. Tengo la esperanza de que allí la volveré a encontrar.

Edith sonrió bondadosamente. Comprendió que ya había guardado demasiado tiempo silencio y le respondió:

—No tienes que ir tan lejos para encontrarla. Está mucho más cerca de ti de lo que tú crees.

Brighton la miró extrañado de aquella afirmación y le preguntó emocionado:

—¿La has visto?... ¿Dónde está?... ¿Dime dónde está?

—Un poco de paciencia, hombre—le respondió la joven—. Te lo diré todo si me prometes ser prudente.

—Te doy mi palabra—respondió solemnemente Brighton.

—Phyllis está aquí y está trabajando en una casa de modas—empezó diciéndole Edith.

—Esa fué siempre su ilusión—respondió Brighton.

—Yo la encontré casualmente hace dos meses...

—¿Y no me digiste nada?—la interrumpió Brighton.

—No te lo dije porque ella me lo prohibió. Phyllis cree que su falta no tiene perdón y por nada del mundo se presentaría ante ti. Me rogó que no te dijera nada de ella y yo he cumplido su deseo.

—¿Y cómo hoy me lo dices?... ¿Le ha ocurrido algo?

—Tranquilízate que nada le ha ocurrido, pero hoy hemos hablado y estoy convencida de que ella te ama igual que siempre, de que es digna de ti y de que debes buscarla. Quiso engañarme diciéndome que Martín la esperaba y de que iba a casarse con él y al mismo tiempo me pidió que yo me casara contigo. Te descó que fueras muy feliz y de que la olvidaras.

—¿Que se va a casar con Martín?... ¿Con el causante de toda nuestra desgracia?

—Espera—lo tranquilizó Edith.—Eso es lo que ella me dijo, pero en la misma forma de expresarse comprendí que todo era mentira, que lo único que quería era darte ocasión a que te casaras conmigo y que pudieras satisfacer los deseos de tu familia, que no busca otra cosa que vivir

cómodamente y sin preocupaciones.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Yo le prometí todo cuanto ella quiso y creo que se quedó convencida de que lo iba a hacer... Ya ves hasta qué punto llega su sacrificio.

—¡Es admirable! — exclamó Brighton—. Dame las señas de donde trabaja.

Edith sin el menor escrúpulo y segura de que con ello lo único que hacía era aproximar a aquellos dos seres que tan dignos eran de amarse, le dio las señas donde trabajaba Phyllis, diciéndole:

—Lo único que te ruego es que no entres a buscarla. Puedes esperarla en la puerta y allí hacer las paces. Ten cuidado, porque la pobre está algo delicada por el mucho trabajo.

—Descuida—respondió él, decidido a ir en su busca en cuanto llegase el momento.

Aquella misma tarde se presentó en su casa Brighton, diciéndole a su madre y a sus hermanos:

—Tenemos que ir pensando en dejar esta casa.

—¿Por qué?—preguntó su madre.

—Porque he pensado en venderla.

—No te permitiré que vendas esta casa mientras viva.

—Pues ya está vendida—le dijo Brighton—. Hace dos horas que firmé los papeles. Había que venderla, o perderla... Yo no quiero ni un céntimo. Todo es para vosotros.

—No tienes derecho en hacer lo que has hecho, Brighton—exclamó Clancey.

—No seas necio—le respondió su hermano—. ¿No comprendes que nos habrían echado los acreedores? Nos mudaremos a un departamento pequeño y no tendremos necesidad de ningún sirviente.

—Si no te hubieras casado con aquella mujer no nos veríamos en este trance.

—De Phyllis no podemos hablar ninguno, porque todos somos culpables de lo que le ha pasado. Ella no supo más que sacrificarse por nosotros, y ya veis cómo se lo pagáis.

Clancey, con su habitual ironía, interrumpió a su hermano para decirle:

—Me alegro de oírte defender a tu «virtuosa» mujer.

Brighton no aupo contenerse. Al ver de qué forma trataba de

injuriar a aquella mujer que lo dió todo por ellos se lanzó sobre su hermano y de un puñetazo lo arrojó al suelo. Después cogió el sombrero y salió de la casa, sin querer preocuparse más de ellos.

Pasaron los días y una tarde, cuando la lluvia azotaba el rostro de los viandantes, Brighton se detuvo ante la puerta del taller donde trabajaba Phyllis. A cada dependienta que salía preguntaba por ella, y ninguna le daba razón. Cuando ya creía que no la encontraría salió Phyllis, y al ver a Brighton no pudo dominar su alegría y corrió a él exclamando:

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Edith me lo ha dicho y he venido a buscarte. Me dieron empleo en un periódico hace dos semanas.

—Yo hace tres meses que trabajo aquí—le respondió ella.

Brighton la cogió por el brazo y comenzó diciéndole:

—Tienes tanto que perdonarme, que no sé cómo comenzar... ¿Te acuerdas cuando decías que serías feliz con una sola habitación?... Creo que ahora podremos tener dos, porque los dos trabajamos... ¿Quieres aceptarlas?

—¡Amor mío!—exclamó ella abrazándose a él—. Eso sí que

sería un verdadero esplendor, lo único que he ambicionado toda mi vida.

Y sin preocuparse de la lluvia torrencial que caía, los dos esposos quedaron durante un buen

rato abrazados, hasta que lentamente fueron marchando hacia su nuevo hogar, hacia aquel hogar en el que el único y verdadero amor lo llenaba de radiante esplendor.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

PRÓXIMO NÚMERO:

BRIGADA SECRETA

(SEGUNDO PREMIO DEL CINEMA FRANCÉS)

Novela emocionante de aventuras e intrigas y misterios del contraspy, narrados con un verismo verdaderamente sensacional.

Jean Murat - Vera Korene

Superproducción *Radio Films*

**Pronto aparecerán las grandes producciones
nacionales de la próxima temporada**

MARIA DE LA O

(La obra terremoto)

La última cita

por José Crespo y Luana-Alcañiz

Lola Triana

por Raquel Meller

Gigantes y cabezudos

Noches de Buenos Aires

Luisa Fernanda

La Reina mora

La casa de la Troya

Prisionero núm. 13

Los héroes del barrio

Contra la corriente

Ediciones Biblioteca Films

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

Precio: Una pta. tomo

GLORIA DE UN DIA	Katharine Hepburn
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN	Boris Karloff
EL REY SOLDADO	Emil Jannings
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL	W. Baxter - Myrna Loy
OJOS NEGROS	S. Simon - Harry Baur
LA ALEGRE DIVORCIADA	G. Rogers - Fred Astaire
UNA NOCHE DE AMOR	Grace Moore
LA VIUDA ALEGRE	M. Chevalier - J. McDonald
EL CABALLERO DE FOLIES BERGERE	Maurice Chevalier
CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN	James Cagney
CORAZONES ROTOS	Katharine Hepburn
LA TELA DE ARANA	Myrna Loy - W. Powell
LA DIOSA DEL FUEGO	Helen Gahagan
EL LOBO HUMANO	Henry Hull
ROBERTA	F. Astaire - G. Rogers
NOCHE NUPCIAL	Gary Cooper
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA	Preston Foster
HORROR EN EL CUARTO NEGRO	Boris Karloff
MAZURCA	Pola Negri
EL CARDENAL RICHELIEU	George Arliss
EL ESCANDALO DEL DIA	Clark Gable
LA FERIA DE LA VANIDAD	Miriam Hopkins
DEJADA EN PRENDA	Shirley Temple
MARES DE CHINA	Clark Gable
EL SOMBRERO DE COPA	F. Astaire - G. Rogers
QUIEREME SIEMPRE	Grace Moore
LAS CRUZADAS	Henry Wilcoxon
DESEO	M. Dietrich - Gary Cooper
LA GRAN AVENTURA DE SILVIA	Katharine Hepburn
MI MARIDO SE CASA	Elisa Landi - Cary Grant
EN LOS TIEMPOS DEL VALS	Ramon Novarro
EL SOBRE LACRADO	Winne Gibson

Pida su ejemplar antes de que se agote

PIDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y ediciones completas, pronta envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco réditos para el certificado. Franco gratis.



EDITORIAL



UNA peseta